

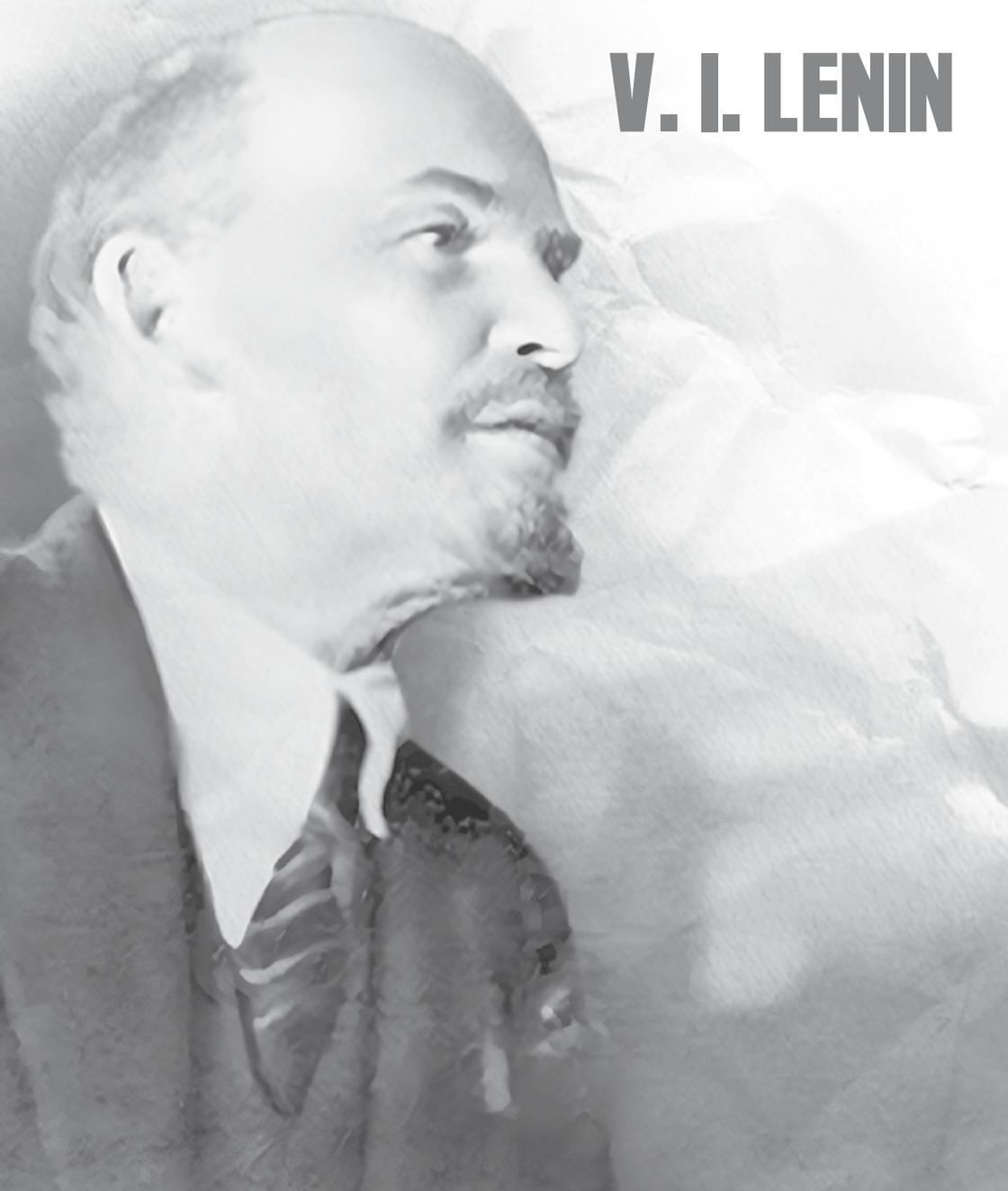
**El pensamiento
revolucionario de
MARX y ENGELS**

V.I. LENIN



**El pensamiento
revolucionario de
MARX y ENGELS**

V. I. LENIN



El pensamiento revolucionario de Marx y Engels
V. I. Lenin
Traducción: Grupo de traductores de la Fundación Federico Engels

© Fundación Federico Engels
Primera edición: octubre de 2022

ISBN: 978-84-16285-69-3
DL: M-26663-2022

Publicado y distribuido por la Fundación Federico Engels
C/ Hermanos del Moral 33, bajo. 28019 Madrid
Teléfono: 629 724 830
www.fundacionfedericoengels.net
libreria@fundacionfedericoengels.net

Índice

Nota de los editores	7
Karl Marx	11
Prólogo	13
La doctrina de Marx	20
El materialismo filosófico	21
La dialéctica	24
La concepción materialista de la historia	27
La lucha de clases.....	30
La doctrina económica de Marx	32
El valor.....	33
La plusvalía.....	35
El socialismo	47
La táctica de la lucha de clase del proletariado.....	52
Friedrich Engels	61
Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo	75
Vicisitudes históricas de la doctrina de Karl Marx	85
Acerca de algunas particularidades del desarrollo histórico del marxismo	93

Nota de los editores

Marx era, ante todo, un revolucionario. Cooperar, de este o del otro modo, al derrocamiento de la sociedad capitalista y de las instituciones políticas creadas por ella, contribuir a la emancipación del proletariado moderno, a quien él había infundido por primera vez la conciencia de su propia situación y de sus necesidades, la conciencia de las condiciones de su emancipación: tal era la verdadera misión de su vida. La lucha era su elemento (...) Por eso, Marx era el hombre más odiado y más calumniado de su tiempo.

Discurso pronunciado por Engels en el cementerio de Highgate en Londres, el 17 de marzo de 1883, tres días después de la muerte de Marx

La obra de Karl Marx, y la de su camarada de ideas y militancia revolucionaria Friedrich Engels, está íntimamente ligada al desarrollo del movimiento obrero moderno con conciencia de clase, y sin ella no se hubiera operado la transformación del pensamiento socialista dotándolo de una base materialista y dialéctica.

A pesar de las insistentes falsificaciones que la burguesía ha realizado pintando a Marx como un «sabio» de gabinete desconectado de la vida real, su figura es la de un

revolucionario resuelto que participó activamente en las batallas políticas de su época, y que dedicó sus energías y sus vastos conocimientos no solo a proponer una sociedad alternativa al orden capitalista, sino también a construir los instrumentos que hicieran posible su derrocamiento.

Ya fuera como animador resuelto de la Liga de los Comunistas, redactando junto a Engels el imperecedero *Manifiesto Comunista* y dedicando años de estudio a producir su monumental obra *El Capital*, interviniendo directamente en la revolución de 1848 en Alemania o en la organización de la Primera Internacional, Marx jamás se desligó de la clase que tiene la capacidad de transformar el mundo: el proletariado.

La construcción de una nueva sociedad socialista liberada de opresión y basada en la igualdad es el motor que nos inspira. Por eso invitamos encarecidamente a la nueva generación de militantes y activistas a que lean y estudien a Marx, Engels y a los grandes marxistas no como un dogma, sino como una guía para la acción. Y qué mejor para ello que ceder la palabra a Lenin en uno de sus trabajos de divulgación —sencillo pero sólidamente construido— sobre ambos revolucionarios y su obra.

En este libro presentamos cinco textos que exponen de manera directa y sin adornos académicos las ideas básicas del marxismo.

El primero de ellos, *Karl Marx*, fue escrito en 1914 para un diccionario enciclopédico que se publicaría al año siguiente seguido de una «Bibliografía del marxismo».

El segundo artículo, *Friedrich Engels*, es una glosa de su figura escrita en 1895, a raíz de su muerte.

En el tercero, *Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo*, publicado en 1913, Lenin explica el surgimiento del marxismo como resultado de la confluencia y la superación crítica de tres grandes corrientes ideológicas del siglo XIX europeo: la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés.

El cuarto, también de 1913, es *Vicisitudes históricas de la doctrina de Karl Marx*, donde Lenin comenta el papel del marxismo en tres períodos históricos (desde la publicación del *Manifiesto Comunista* hasta la Comuna de París, entre la Comuna y la revolución rusa de 1905 y después de esta).

Y el quinto, *Acercas de algunas particularidades del desarrollo histórico del marxismo*, es de 1910 y en él Lenin aborda, apoyándose en los acontecimientos de los seis años anteriores en Rusia, la necesidad de adaptarse tácticamente a la situación política, pero manteniéndose firme en los principios del marxismo.

Karl Marx

**(Breve esbozo biográfico,
con una exposición del marxismo)**



Prólogo

El artículo sobre Karl Marx, que ahora aparece en folleto, lo escribí (si mal no recuerdo) en 1913, para el Diccionario Granat. Al final del artículo se incluía una bibliografía bastante detallada sobre Marx, sobre todo de publicaciones extranjeras. Esa bibliografía no figura en la presente edición. Además, la redacción del Diccionario, por su parte, teniendo en cuenta la censura, suprimió la porción final del artículo, donde se exponía la táctica revolucionaria de Marx. Por desgracia, me es imposible reproducir aquí dicha porción, pues el manuscrito lo dejé con mis papeles no sé dónde, en Cracovia o en Suiza. Solo recuerdo que allí citaba, entre otras cosas, el pasaje de la carta de Marx a Engels del 16 de abril de 1856, en la que el primero decía: «En Alemania, todo dependerá de la posibilidad de respaldar la revolución proletaria con alguna segunda edición de la guerra campesina. Entonces todo saldrá a pedir de boca». Esto es lo que no entendieron en 1905 nuestros mencheviques, que han llegado ahora incluso a traicionar completamente al socialismo, a pasarse al campo de la burguesía.

V. I. Lenin
Moscú, 14 de mayo de 1918

Karl Marx nació el 5 de mayo de 1818 en Tréveris (ciudad de la Prusia renana). Su padre era un abogado judío convertido al protestantismo en 1824. Su familia era acomodada y culta, aunque no revolucionaria. Tras cursar en Tréveris sus estudios de bachillerato, Marx se matriculó en la universidad, primero en la de Bonn y luego en la de Berlín, haciendo la carrera de Derecho, pero estudiando sobre todo historia y filosofía. Terminó sus estudios universitarios en 1841 con una tesis sobre la filosofía de Epicuro.¹ Sus ideas eran todavía las de un idealista hegeliano.² En Berlín se acercó al círculo de los *hegelianos de izquierda*³ (Bruno Bauer y otros), que intentaban extraer de la filosofía de Hegel conclusiones ateas y revolucionarias.

Terminados sus estudios universitarios, Marx se trasladó a Bonn, con la intención de hacerse profesor. Pero la política reaccionaria del gobierno —que en 1832 había despojado de su cátedra a Ludwig Feuerbach y que en 1836 le había negado el reingreso en las aulas, y que en 1841 privó al joven profesor Bruno Bauer del derecho a enseñar desde la cátedra de Bonn— obligó a Marx a renunciar a la carrera docente. En aquella época, las ideas de los hegelianos de izquierda avanzaban rápidamente en Alemania. Fue Ludwig Feuerbach quien, sobre todo a partir de 1836, comenzó a someter a crítica la teología y a orientarse hacia el materialismo, que en 1841 (*La esencia del cristianismo*) se impone ya definitivamente en sus doctrinas; en 1843 ven la luz sus *Principios de la filosofía del porvenir*. «Hay que haber vivido la influencia liberadora» de estos libros, escribió

1 El título de la tesis es *Diferencias en la filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro*. Demócrito y Epicuro fueron filósofos griegos, materialista el primero e idealista el segundo, del siglo IV a.e.c.

2 Marx tomó la dialéctica del filósofo metafísico alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel, pero, como él mismo diría en *El Capital*, la puso del revés, «para descubrir así el núcleo racional que se oculta bajo la envoltura mística».

3 Marx y Engels estuvieron ligados a ellos en su juventud, para posteriormente realizar una crítica fundamentada contra las posiciones idealistas de muchos de sus integrantes en obras como *La sagrada familia* y *La ideología alemana*.

Engels años más tarde refiriéndose a esas obras de Feuerbach. «Nosotros [es decir, los hegelianos de izquierda, entre ellos Marx] nos hicimos en el acto feuerbachianos». Por aquel tiempo, los burgueses radicales renanos, que tenían ciertas coincidencias con los hegelianos de izquierda, fundaron en Colonia un periódico de oposición, la *Gaceta Renana* (cuyo primer número salió el 1 de enero de 1842). Sus principales colaboradores eran Marx y Bruno Bauer; en octubre de 1842, Marx fue nombrado redactor jefe del periódico y se trasladó de Bonn a Colonia. Con Marx al frente, la tendencia democrático-revolucionaria del periódico fue acentuándose, y el gobierno lo sometió primero a una doble censura y luego a una triple, para acabar ordenando su total supresión a partir del 1 de enero de 1843. Marx se vio obligado a abandonar su puesto de redactor jefe antes de esa fecha, pero su salida tampoco logró salvar al periódico, que dejó de publicarse en marzo de 1843. Entre los artículos más importantes publicados por Marx en la *Gaceta Renana*, Engels menciona, además de los que citamos más adelante, el referido a la situación de los campesinos viticultores del valle del Mosela.⁴ Como su labor periodística le había demostrado que no conocía suficientemente la economía política, Marx se dedicó afanosamente al estudio de esta ciencia.

En 1843, Marx se casó en Kreuznach con Jenny von Westphalen, amiga suya de la infancia y con la que se había prometido cuando todavía era estudiante. Su esposa pertenecía a una reaccionaria familia aristocrática prusiana. Su hermano mayor fue ministro del Interior prusiano durante una de las épocas más reaccionarias (1850-58). En el otoño de 1843, Marx se trasladó a París, con objeto de editar en el extranjero una revista de tendencia radical en colaboración con Arnold Ruge (1802-1880; hegeliano de izquierda, encarcelado de 1825 a 1830, emigrado después de 1848,

4 Se trata del artículo de Marx *La justificación del corresponsal del Mosela*.

y partidario de Bismarck después de 1866-70). De esta revista, titulada *Anales franco-alemanes*, solo llegó a ver la luz el primer cuaderno. Las dificultades con que tropezó su difusión clandestina en Alemania y las discrepancias de criterio surgidas entre Marx y Ruge hicieron que se suspendiese su publicación. Los artículos de Marx en los *Anales* nos muestran ya al revolucionario que proclama la «crítica despiadada de todo lo existente» y, en especial, la «crítica por las armas»⁵, apelando a las *masas* y al *proletariado*.

En septiembre de 1844 llegó a París, por unos días, Friedrich Engels, quien desde ese momento se convirtió en el amigo más íntimo de Marx. Ambos participaron de forma conjunta y muy activa en la vida, febril por aquel entonces, de los grupos revolucionarios de París (especial importancia revestía la doctrina de Proudhon,⁶ a la que Marx sometió a una crítica demoledora en su obra *Miseria de la filosofía*, publicada en 1847) y, en lucha enérgica contra las diversas doctrinas del socialismo pequeñoburgués, forjaron la teoría y la táctica del *socialismo proletario* revolucionario, o comunismo (marxismo). Véanse las obras de Marx de esa época (1844-48) en la Bibliografía. En 1845, a

5 Estas palabras son de la introducción a la obra de Marx *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. El pasaje dice lo siguiente: «El arma de la crítica no puede sustituir la crítica por las armas; la fuerza material solo puede ser derrocada con fuerza material. Pero también la teoría se convierte en una fuerza material cuando prende en las masas».

6 Proudhon, Pierre J. (1809-1865): publicista, economista y sociólogo francés, ideólogo de la pequeña burguesía y uno de los fundadores del anarquismo. Proudhon soñaba con perpetuar la pequeña propiedad privada y criticaba, desde posiciones pequeñoburguesas, la gran propiedad capitalista. Proponía organizar el Banco del Pueblo, que, por medio del crédito gratuito, ayudaría a los obreros a adquirir medios de producción propios y hacerse artesanos. Otra idea reaccionaria suya fue la de fundar bancos de cambio que asegurarían a los trabajadores la venta «equitativa» de sus productos y, al mismo tiempo, no afectarían a la propiedad capitalista de los medios de producción. Proudhon no comprendió el papel histórico del proletariado, mantuvo una actitud negativa hacia la lucha política y negó la necesidad del Estado. Marx y Engels lucharon consecuentemente contra las tentativas de los proudhonistas de imponer sus criterios en la Primera Internacional.

instancias del gobierno prusiano, Marx fue expulsado de París por revolucionario peligroso, instalándose en Bruselas. En la primavera de 1847, Marx y Engels se afiliaron a una sociedad secreta de propaganda, la Liga de los Comunistas, y tuvieron una participación destacada en el II Congreso de esta organización (celebrado en Londres en noviembre de 1847), que les encomendó la redacción del famoso *Manifiesto Comunista*, que vio la luz en febrero de 1848. Esta obra expone, con claridad y brillantez geniales, la nueva concepción del mundo, el materialismo consecuente aplicado también al campo de la vida social, la dialéctica como la más completa y profunda doctrina del desarrollo, la teoría de la lucha de clases y del papel histórico revolucionario universal del proletariado como creador de una sociedad nueva, de la sociedad comunista.

Al estallar la revolución de febrero de 1848,⁷ Marx fue expulsado de Bélgica y se trasladó nuevamente a París, desde donde se fue a Alemania tras la revolución de marzo, concretamente a Colonia. En esta ciudad se publicó, entre el 1 de junio de 1848 y el 19 de mayo de 1849, la *Nueva Gaceta Renana*, de la que Marx fue el redactor jefe.⁸ El curso de los acontecimientos revolucionarios de 1848 a 1849 vino a confirmar de manera brillante la nueva teoría, como la confirmarían en lo sucesivo todos los movimientos proletarios

7 Se trata de la revolución francesa que hizo caer la llamada monarquía de Julio (por el mes de 1830 en que subió al trono Luis Felipe I) y proclamó la Segunda República.

8 La *Nueva Gaceta Renana* (*Neue Rheinische Zeitung*) fue un diario de gran influencia en toda Alemania. Sus firmes llamamientos a combatir la contrarrevolución, sus denuncias de las autoridades y su defensa del internacionalismo le hicieron ganarse la ira de los *junkers* —la aristocracia terrateniente prusiana, espina dorsal de los funcionarios del Estado y del ejército— y de la burguesía. En mayo de 1849, el gobierno expulsó a Marx con la excusa de que no tenía la nacionalidad prusiana y el resto de los redactores sufrieron represalias, todo lo cual condujo a su desaparición. En su último número (impreso en rojo el día 19), la redacción declaraba que «su última palabra será siempre y en todas partes: ¡la emancipación de la clase obrera!». Véase el artículo de Engels *Marx y la 'Nueva Gaceta Renana'* (1848-1849).

y democráticos de todos los países del mundo. La contrarrevolución triunfante hizo comparecer a Marx ante los tribunales, y si bien fue absuelto (9 de febrero de 1849), después fue expulsado de Alemania (16 de mayo de 1849). Marx se dirigió a París, de donde fue también expulsado tras la manifestación del 13 de junio de 1849,⁹ marchándose entonces a Londres, donde pasó el resto de su vida.

Las condiciones de vida en la emigración eran durísimas, como revela con toda claridad la correspondencia entre Marx y Engels (editada en 1913). La miseria asfixiaba realmente a Marx y a su familia; de no haber sido por la constante y altruista ayuda económica de Engels, Marx no solo no habría podido acabar *El Capital*, sino que habría sucumbido inevitablemente bajo el peso de la miseria. Además, las doctrinas y corrientes del socialismo pequeño-burgués y del socialismo no proletario en general, predominantes en aquella época, obligaban a Marx a librar constantemente una lucha implacable, y a veces a repeler (como hace en su obra *Señor Vogt*¹⁰) los ataques personales más rabiosos y absurdos. Manteniéndose al margen de los círculos de emigrados y concentrando sus fuerzas en el estudio de la economía política, Marx desarrolló su teoría materialista en una serie de trabajos históricos. Sus obras *Contribución a la crítica de la economía política* (1859) y *El Capital* (t. I, 1867) significaron una revolución en la ciencia económica (véase más adelante el apartado «La doctrina de Marx»).

9 Los políticos de la pequeña burguesía radical francesa, organizaron el 13 de junio de 1849 una manifestación pacífica en París para protestar contra el envío del ejército francés a Italia a aplastar una revolución, lo que constituía una violación de la constitución francesa, que prohibía utilizar el ejército para oponerse a la libertad de otros pueblos. La manifestación fue disuelta por las tropas. Después del 13 de junio, las autoridades iniciaron la represión contra los demócratas.

10 Karl Vogt (1817-1895): Científico y político germano-suizo; Marx escribió *Señor Vogt* para refutar sus calumnias contra él.

La reanimación de los movimientos democráticos (a finales de la década de los 50 y en la década de los 60) llamó de nuevo a Marx a la actividad práctica. El 28 de septiembre de 1864 se fundó en Londres la famosa Primera Internacional, la Asociación Internacional de los Trabajadores. Marx fue el alma de esta organización, el autor de su primer manifiesto y de gran número de sus resoluciones, declaraciones y llamamientos. Con sus esfuerzos para unificar el movimiento obrero de los diferentes países y para lograr una actuación conjunta de las diversas formas del socialismo no proletario, premarxista (Mazzini, Proudhon, Bakunin, el *tradeunionismo* liberal inglés, las oscilaciones derechistas de Lassalle en Alemania, etc.), a la par que combatía las teorías de todas estas sectas y escuelas, Marx fue forjando la táctica común de la lucha proletaria de la clase obrera en los distintos países. Tras la derrota de la Comuna de París en 1871 —que Marx analizó de modo tan profundo, certero y brillante, y con tan gran espíritu *práctico* y revolucionario¹¹—, y al producirse la escisión provocada por los bakuninistas¹², la Internacional no podía subsistir en Europa. Después del congreso de La Haya (1872), Marx consiguió que el Consejo General de la Internacional se trasladase a Nueva York. La Primera Internacional había cumplido su misión histórica y dejaba paso a una época de desarrollo incomparablemente más amplio del movimiento obrero en todos los países del mundo, época en que este movimiento iba a desplegarse *en extensión*, creando partidos obreros socialistas *de masas* en cada estado nacional.

Su intensa labor en la Internacional y sus estudios teóricos, todavía más intensos, minaron definitivamente la

11 Referencia a la obra de Marx *La guerra civil en Francia* (incluido en *El cielo por asalto. La Comuna de París*, publicado por la FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS).

12 Los seguidores del ideólogo anarquista Mijaíl Bakunin abandonaron la Primera Internacional en 1872.

salud de Marx. Prosiguió su obra de transformación de la economía política y se consagró a terminar *El Capital*, recopilando con este fin multitud de nuevos documentos y poniéndose a estudiar varios idiomas (el ruso entre ellos), pero la enfermedad le impidió concluir *El Capital*.

El 2 de diciembre de 1881 murió su esposa. El 14 de marzo de 1883, Marx se quedó dormido apaciblemente para siempre en su sillón. Está enterrado, junto a su mujer, en el cementerio londinense de Highgate. Varios hijos de Marx murieron en Londres siendo niños, cuando la familia atravesaba severas dificultades económicas. Tres de sus hijas se casaron con socialistas de Inglaterra y Francia: Eleanor Aveling, Laura Lafargue y Jenny Longuet. Un hijo de esta última es miembro del Partido Socialista Francés.¹³

La doctrina de Marx

El *marxismo* es el sistema de las ideas y la doctrina de Marx. Marx continúa y corona genialmente las tres principales corrientes ideológicas del siglo XIX, nacidas en los tres países más avanzados de la humanidad: la filosofía clásica alemana, la economía política clásica inglesa y el socialismo francés, unido a las doctrinas revolucionarias francesas en general. La admirable coherencia y la unidad sistemática —reconocidas incluso por sus adversarios— que en conjunto representan el materialismo y el socialismo científicos modernos como teoría y programa del movimiento obrero de todos los países civilizados del mundo nos obligan a esbozar brevemente su concepción general del mundo, antes de exponer la esencia del marxismo, o sea, la doctrina económica de Marx.

13 Sus maridos fueron, respectivamente, el británico Edward Aveling y los franceses Paul Lafargue y Charles Longuet. El nieto de Marx fue Jean Longuet, diputado socialista y dirigente de la corriente centrista de la SFIO (Partido Socialista).

El materialismo filosófico

Desde 1844-45, época en que se forman sus ideas, Marx es materialista y, concretamente, sigue a Ludwig Feuerbach, cuyo punto débil fue para él, entonces y más tarde, la falta de consecuencia y de universalidad de su materialismo. Para Marx, la significación histórica universal de Feuerbach, lo que «hizo época», era precisamente el haber roto resueltamente con el idealismo hegeliano y la proclamación del materialismo, que ya «en el siglo XVIII, sobre todo en Francia, representaba la lucha no solo contra las instituciones políticas existentes y, al mismo tiempo, contra la religión y la teología, sino también (...) contra toda metafísica» (en el sentido de «especulación ebria», a diferencia de la «filosofía sobria») (*La sagrada familia*, en *Herencia Literaria*¹⁴). «Para Hegel —escribió Marx—, el proceso del pensamiento, al que convierte incluso, bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo¹⁵ de lo real (...) Para mí, por el contrario, lo ideal no es más que lo material transpuesto y traducido en la cabeza del hombre» (Marx, *El Capital*, t. I, palabras finales a la 2ª ed.). Mostrándose plenamente de acuerdo con esta filosofía materialista de Marx, Friedrich Engels la expone así en su *Anti-Dühring*¹⁶ (véase), cuyo manuscrito conoció Marx:

La unidad del mundo no consiste en su ser (...) La unidad real del mundo consiste en su materialidad, que tiene su prueba (...) en el largo y penoso desarrollo de la filosofía y de las ciencias naturales (...) El movimiento es la forma de existencia de la materia. Jamás ni en ninguna parte ha existido ni puede existir materia sin movimiento, ni

14 Véase Marx y Engels: *La sagrada familia*, capítulo 8.

15 Dios creador, según la escuela filosófica platónica, o principio activo del mundo, según los agnósticos.

16 Existe edición de la FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS.

movimiento sin materia (...) Si nos preguntamos (...) qué son en realidad y de dónde proceden el pensamiento y la conciencia, nos encontramos con que son productos del cerebro humano y con que el mismo hombre no es más que un producto de la naturaleza, que se ha formado y desarrollado en su ambiente y con ella; por donde llegamos a la conclusión, lógica por sí misma, de que los productos del cerebro humano, que en última instancia también son productos de la naturaleza, no se contradicen, sino que se armonizan con la concatenación general de la naturaleza. (...) Hegel era idealista, es decir, no consideraba las ideas de su cerebro como reflejos [*Abbilder*, pero a veces Engels habla de «reproducciones»] más o menos abstractos de los objetos y los fenómenos reales, sino, al contrario, eran los objetos y su desarrollo los que para él eran los reflejos de la idea, existente no se sabe dónde antes de aparecer el mundo.

En *Ludwig Feuerbach [y el fin de la filosofía clásica alemana]*, obra en la que Engels expone sus ideas y las de Marx sobre la filosofía de Feuerbach —y cuyo original envió a la imprenta tras revisar un antiguo manuscrito suyo y de Marx, datado en los años 1844-45, acerca de Hegel, Feuerbach y la concepción materialista de la historia—, Engels escribe:

El gran problema cardinal de toda filosofía, especialmente de la moderna, es el problema de la relación entre el pensar y el ser, entre el espíritu y la naturaleza (...) ¿Qué es lo primero, el espíritu o la naturaleza? (...) Los filósofos se dividían en dos grandes campos, según la contestación que diesen a esta pregunta. Los que afirmaban que el espíritu estaba antes que la naturaleza y que, por tanto, admitían en última instancia una creación del mundo, de una u otra forma (...) se agrupaban en el campo del idealismo. Los demás, aquellos para quienes la naturaleza

era lo primero, se adherían a las distintas escuelas del materialismo.¹⁷

Todo otro uso de los conceptos de idealismo y materialismo (en sentido filosófico) solo siembra la confusión. Marx rechaza enérgicamente no solo el idealismo —vinculado siempre, de un modo u otro, a la religión—, sino también las doctrinas de Hume y de Kant¹⁸, tan extendidas en nuestros días, es decir, las distintas formas de agnosticismo, criticismo y positivismo; para Marx, esta clase de filosofía era una concesión «reaccionaria» al idealismo y, en el mejor de los casos, una «manera vergonzante de aceptar el materialismo bajo cuerda y renegar de él públicamente».¹⁹ Sobre esto puede consultarse, aparte de las obras ya citadas de Engels y Marx, la carta de este último a Engels, de 12 de diciembre de 1868, en la que habla de unas declaraciones del célebre naturalista T. Huxley, en que se muestra «más materialista» que de ordinario y reconoce: «en tanto realmente observamos y pensamos, no podemos alejarnos del materialismo». Pero, al mismo tiempo, Marx le reprocha que deje abierto un «portillo» al agnosticismo, a la filosofía de Hume. En particular, conviene destacar la concepción de Marx acerca de las relaciones entre libertad y necesidad: «La necesidad solo es ciega mientras no se la comprende. La libertad no es otra cosa que el conocimiento de la necesidad» (Engels, *Anti-Dühring*). Esto equivale a reconocer el dominio de las leyes objetivas de la naturaleza y la transformación dialéctica de la necesidad en libertad (de la misma manera que la transformación de la «cosa en sí», todavía desconocida pero susceptible de ser conocida, en «cosa para nosotros», y de la «esencia de las cosas» en «fenómenos»).

17 Engels: *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2006, pp. 18-20.

18 David Hume (1711-1776): Filósofo empirista escocés. || Emmanuel Kant (1724-1804): Filósofo idealista alemán.

19 Engels: *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, p. 21.

Para Marx y Engels, los mayores defectos del «viejo» materialismo, incluido el de Feuerbach (y con mayor razón todavía el materialismo «vulgar» de Büchner, Vogt y Moleschott²⁰), eran los siguientes: 1) era «predominantemente mecanicista» y no tenía en cuenta los últimos progresos de la química y la biología (en nuestros días habría que añadir la teoría eléctrica de la materia); 2) no tenía un carácter histórico ni dialéctico (sino metafísico, en el sentido de antidialéctico) y no mantenía consecuentemente ni en todos sus aspectos el criterio del desarrollo; y 3) concebía «la esencia del hombre» abstractamente, y no como el «conjunto de las relaciones sociales» (históricamente concretas y determinadas), motivo por el cual se limitaba a «explicar» el mundo, cuando en realidad se trata de «transformarlo»; es decir, no comprendía la importancia de la «actividad revolucionaria práctica».

La dialéctica

Para Marx y Engels, la dialéctica hegeliana, o sea, la doctrina más multilateral, más rica en contenido y más profunda del desarrollo, era la mayor conquista de la filosofía clásica alemana. Toda otra formulación del principio del desarrollo, de la evolución, les parecía estrecha y pobre, deformadora y mutiladora de la verdadera marcha del desarrollo en la naturaleza y en la sociedad (marcha que a menudo se efectúa a través de saltos, cataclismos y revoluciones).

Marx y yo fuimos seguramente casi los únicos que tratamos de salvar [del descalabro del idealismo, incluido el hegelianismo] la dialéctica consciente para traerla a la concepción materialista de la naturaleza (...) La naturaleza es la piedra de toque de la dialéctica, y hay que decir que las modernas

20 Ludwig Büchner (1824-1899): Filósofo y físico alemán. || Jacob Moleschott (1822-1893): Psicólogo holandés.

ciencias naturales, que nos han brindado una extraordinaria cantidad de datos [¡y esto fue escrito antes de que se descubriesen el radio, los electrones, la transformación de los elementos...!] que aumentan cada día que pasa, demuestran que la naturaleza se mueve, en última instancia, dialécticamente, y no metafísicamente».

La gran idea cardinal —escribe Engels— de que el mundo no puede concebirse como un conjunto de *objetos* terminados, sino como un conjunto de *procesos*, en el que las cosas que parecen estables, al igual que sus reflejos mentales en nuestras cabezas, los conceptos, pasan por una serie ininterrumpida de cambios, por un proceso de surgimiento y desaparición (...) esta gran idea cardinal se halla ya tan arraigada en la conciencia habitual, sobre todo desde Hegel, que expuesta así, en términos generales, apenas encuentra oposición. Pero una cosa es reconocerla de palabra y otra cosa es aplicarla a la realidad concreta, en todos los campos sometidos a investigación. (...) Para la filosofía dialéctica no existe nada definitivo, absoluto, consagrado; en todo pone de relieve lo que tiene de perecedero, y solo deja en pie el proceso ininterrumpido del devenir y del perecer, un ascenso sin fin de lo inferior a lo superior, cuyo mero reflejo en el cerebro pensante es esta misma filosofía.²¹

Así pues, la dialéctica es, según Marx, «la ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto del mundo exterior como del pensamiento humano».

Este aspecto revolucionario de la filosofía hegeliana es el que Marx recoge y desarrolla. El materialismo dialéctico «no necesita de ninguna filosofía situada por encima de las demás ciencias». Lo único que queda en pie de la filosofía anterior es «la teoría del pensamiento y sus leyes, la lógica formal y la dialéctica». Y la dialéctica, tal como la

21 Engels: *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, pp. 39 y 12.

concibe Marx, y también Hegel, engloba lo que hoy se llama la teoría del conocimiento o gnoseología, ciencia que debe enfocar también su objeto desde un punto de vista histórico, investigando y generalizando los orígenes y el desarrollo del conocimiento, y el paso del *no* conocimiento al conocimiento.

Actualmente, la idea del desarrollo, de la evolución, ha penetrado casi en su integridad en la conciencia social, pero no a través de la filosofía de Hegel, sino por otros caminos. Sin embargo, esta idea, tal como la formularon Marx y Engels, apoyándose en Hegel, es mucho más completa, mucho más rica en contenido, que la teoría de la evolución al uso. Es un desarrollo que parece repetir las etapas ya recorridas, pero de otro modo, sobre una base más alta (la «negación de la negación»), un desarrollo que no discurre en línea recta, sino en espiral, por así decirlo; un desarrollo a saltos, a través de cataclismos y revoluciones, que son «interrupciones de la gradualidad», transformaciones de la cantidad en calidad; impulsos internos del desarrollo originados por la contradicción, por el choque de las diversas fuerzas y tendencias que actúan sobre un determinado cuerpo o en los límites de un fenómeno dado, o en el seno de una sociedad dada; interdependencia e íntima e indisoluble concatenación de *todos* los aspectos de cada fenómeno (con la particularidad de que la historia pone constantemente al descubierto aspectos nuevos), concatenación que ofrece un proceso de movimiento uniforme, universal y sujeto a leyes: tales son algunos rasgos de la dialéctica, teoría mucho más compleja y rica que la teoría corriente. (Véase la carta de Marx a Engels del 8 de enero de 1868, en la que se mofa de las «rígidas tricotomías» de Stein²², que sería ridículo confundir con la dialéctica materialista).

22 Lorenz von Stein (1815-1890): Influyente economista y sociólogo alemán; acuñó el término «movimiento social». La tricotomía es un método de clasificación en que las divisiones y subdivisiones tienen tres partes.

La concepción materialista de la historia

La conciencia de que el viejo materialismo era una teoría inconsecuente, incompleta y unilateral llevó a Marx a la convicción de que era necesario «poner en armonía con la base materialista, reconstruyéndola sobre ella, la ciencia de la sociedad». ²³ Si el materialismo en general explica la conciencia por el ser, y no al contrario, aplicado a la vida social de la humanidad exige que la conciencia *social* se explique por el ser *social*. «La tecnología —dice Marx— pone al descubierto la relación activa del hombre con la naturaleza, el proceso inmediato de producción de su vida y, al mismo tiempo, de sus condiciones sociales de vida y de las representaciones espirituales que de ellas se derivan». ²⁴ Y en el prólogo a su *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx ofrece una formulación integral de los principios fundamentales del materialismo aplicados a la sociedad humana y a su historia. Dice así:

En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales.

El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura política y jurídica, y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de

²³ Engels: *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, p. 26.

²⁴ Véase Marx: *El Capital*, volumen I. (Nota del Autor)

desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción, que pueden verificarse con la precisión propia de las ciencias naturales, y las revoluciones jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo.

Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que piensa de sí mismo, no podemos juzgar tampoco estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción (...) A grandes rasgos, podemos señalar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués.²⁵

(Véase la breve formulación que Marx da en su carta a Engels del 7 de julio de 1866: «Nuestra teoría de que la organización del trabajo está determinada por los medios de producción».)

El descubrimiento de la concepción materialista de la historia o, mejor dicho, la consecuente aplicación y extensión

25 Marx: *Contribución a la crítica de la economía política* (1859). (N. del A.)

del materialismo al campo de los fenómenos sociales, acabó con los dos defectos fundamentales de las viejas teorías de la historia. En primer lugar, esas teorías solamente consideraban, en el mejor de los casos, los móviles ideológicos de la actividad histórica de los hombres, sin investigar el origen de esos móviles, sin captar las leyes objetivas que rigen el desarrollo del sistema de las relaciones sociales, sin ver las raíces de estas relaciones en el grado de desarrollo de la producción material; en segundo lugar, las viejas teorías no abarcaban precisamente las acciones de las *masas* de la población, mientras que el materialismo histórico permitió estudiar, por primera vez y con la exactitud de las ciencias naturales, las condiciones sociales de la vida de las masas y los cambios operados en estas condiciones.

La «sociología» y la historiografía anteriores a Marx proporcionaron, en el *mejor* de los casos, datos no analizados y fragmentarios, y la descripción de aspectos aislados del proceso histórico. Al examinar la totalidad de las tendencias contradictorias, reduciéndolas a las condiciones, definibles con precisión, de vida y de producción de las distintas clases de aspectos individuales del proceso histórico, al examinar la elección de una determinada idea «dominante» o de sus interpretaciones y revelar que, sin excepción, todas las ideas y las diversas tendencias tienen su origen en las condiciones de las fuerzas materiales de producción. el marxismo señaló el camino para un estudio comprehensivo y global del proceso de aparición, desarrollo y decadencia de las formaciones económico-sociales. Los hombres hacen su propia historia, pero ¿qué determina los motivos de los hombres, de las masas?, ¿qué provoca los choques de ideas y las aspiraciones contradictorias?, ¿qué representa el conjunto de todos esos choques que se producen en las masas de las sociedades humanas?, ¿cuáles son las condiciones objetivas de producción de la vida material que forman la base de toda la actuación histórica de los hombres?, ¿cuál es la ley que rige el desarrollo de estas condiciones? Marx

concentró su atención en todo esto y trazó el camino para estudiar científicamente la historia como un proceso único y regido por leyes, pese a toda su inmensa complejidad y a todo su carácter contradictorio.

La lucha de clases

Todo el mundo sabe que en cualquier sociedad las aspiraciones de algunos de sus miembros chocan abiertamente con las aspiraciones de otros, que la vida social está llena de contradicciones, que la historia nos muestra la lucha entre pueblos y sociedades, así como en su propio seno; todo el mundo sabe también que se produce una sucesión de períodos de revolución y de reacción, de paz y de guerra, de estancamiento y de rápido progreso, o de decadencia. El marxismo nos proporciona el hilo conductor que permite descubrir una lógica en ese aparente laberinto y caos, a saber: la teoría de la lucha de clases. Solo el estudio del conjunto de las aspiraciones de todos los miembros de una sociedad dada, o de un grupo de sociedades, permite fijar con precisión científica el resultado de dichas aspiraciones. Ahora bien, el origen de esas aspiraciones contradictorias son siempre las diferencias de situación y de condiciones de vida de las *clases* en que se divide toda sociedad.

Marx dice en *El Manifiesto Comunista* (exceptuando la historia del régimen de la comunidad primitiva, añade más tarde Engels):

La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces, y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna. (...) La

moderna sociedad burguesa, que ha salido de entre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido las contradicciones de clase. Únicamente ha sustituido las viejas clases, las viejas condiciones de opresión, las viejas formas de lucha por otras nuevas. Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado.

A partir de la Gran Revolución francesa, la historia de Europa pone de relieve en distintos países, con particular evidencia, la verdadera causa de los acontecimientos: la lucha de clases. Ya en la época de la Restauración²⁶ destacan en Francia algunos historiadores (Thierry, Guizot, Mignet, Thiers) que, al generalizar los acontecimientos, no pudieron dejar de ver que la lucha de clases era la clave para la comprensión de toda la historia francesa. Y la época contemporánea, la época del triunfo completo de la burguesía y de las instituciones representativas, del sufragio amplio (cuando no universal), de la prensa diaria barata que llega a las masas, etc., la época de las poderosas asociaciones obreras y patronales cada vez más vastas, etc., pone de manifiesto de un modo todavía más patente (aunque a veces de forma unilateral, «pacífica», «constitucional») que la lucha de clases es el motor de los acontecimientos. El siguiente pasaje de *El Manifiesto Comunista* nos muestra lo que Marx exigía de la sociología para el análisis objetivo de la situación de cada clase en la sociedad moderna y en relación con el análisis de las condiciones de desarrollo de cada clase:

26 Período de la historia francesa entre la caída de Napoleón Bonaparte y la restauración de la monarquía borbónica (1814), y el ascenso al trono de la casa de Orleans (julio de 1830) en la persona de Luis Felipe I.

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, solo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar.

Las capas medias (el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino), todas ellas luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales capas medias. No son, pues, revolucionarias, sino conservadoras. Más todavía, son reaccionarias, ya que pretenden volver atrás la rueda de la historia. Son revolucionarias únicamente por cuanto tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, por cuanto abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado.

En una serie de obras históricas (véase la Bibliografía), Marx nos ofrece brillantes y profundos ejemplos de historiografía materialista, de análisis de la situación de *cada* clase en particular y, a veces, de los diferentes grupos o capas que se manifiestan dentro de ella, mostrando palmaria-mente por qué y cómo «toda lucha de clases es una lucha política».

El pasaje que acabamos de citar ilustra lo intrincada que es la red de relaciones sociales y grados *transitorios* de una clase a otra, del pasado al futuro, que Marx analiza para determinar la resultante del desarrollo histórico.

La confirmación y aplicación más profunda, completa y detallada de la teoría de Marx es su doctrina económica.

La doctrina económica de Marx

«El fin último de esta obra —dice Marx en su prólogo a *El Capital*— es descubrir la ley económica del movimiento de la sociedad moderna», es decir, de la sociedad capitalista,

de la sociedad burguesa. El estudio de las relaciones de producción de una sociedad dada, históricamente determinada en su surgimiento, desarrollo y decadencia: tal es el contenido de la doctrina económica de Marx. En la sociedad capitalista impera la producción de *mercancías*; por eso, el análisis de Marx empieza con el análisis de la mercancía.

El valor

Una mercancía es, en primer lugar, un objeto que satisface una necesidad humana cualquiera. En segundo lugar, es un objeto que se puede cambiar por otro. La utilidad de un objeto lo convierte en un *valor de uso*. El valor de cambio (o valor a secas) es, ante todo, la relación o proporción en que cierto número de valores de uso de una clase se cambian por un determinado número de valores de uso de otra clase. La experiencia diaria nos muestra que, a través de millones y miles de millones de esos actos de cambio, se equiparan constantemente todo género de valores de uso, incluso los más diversos y menos equiparables entre sí.

¿Qué tienen en común esos diversos objetos que constantemente son equiparados entre sí en un determinado sistema de relaciones sociales? Tienen en común que todos son *productos del trabajo*. Al cambiar sus productos, los hombres establecen relaciones de equivalencia entre las más diversas clases de trabajo. La producción de mercancías es un sistema de relaciones sociales en que los diversos productores crean distintos productos (división social del trabajo) y en que todos esos productos se equiparan entre sí por medio del cambio. Por tanto, lo que todas las mercancías tienen en común no es el trabajo concreto de una determinada rama de la producción, no es un trabajo de determinado tipo, sino trabajo humano *abstracto*, el trabajo humano en general.

Toda la fuerza de trabajo de una sociedad dada, representada por la suma de valores de todas las mercancías,

constituye una y la misma fuerza de trabajo humana; así lo evidencian miles de millones de actos de cambio. Por consiguiente, cada mercancía por separado no representa más que una cierta parte del tiempo de *trabajo socialmente necesario*. La magnitud del valor se determina por la cantidad de trabajo socialmente necesario o por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir determinada mercancía, determinado valor de uso.

«Al equiparar, mediante el cambio, sus diversos productos, los hombres equiparan sus diversos trabajos como modalidades del trabajo humano. No lo saben, pero lo hacen». El valor es, como dijo un viejo economista, una relación entre dos personas; debió simplemente añadir: una relación encubierta por una envoltura material. Solo partiendo del sistema de las relaciones sociales de producción en una formación social históricamente determinada, relaciones que se manifiestan en el cambio, fenómeno generalizado que se repite miles de millones de veces, podemos comprender qué es el valor. «Como valores, las mercancías no son más que cantidades determinadas de tiempo de trabajo coagulado».

Tras analizar en detalle el doble carácter del trabajo encarnado en las mercancías, Marx pasa al análisis de la *forma del valor* y del *dinero*. Con ello, Marx se propone fundamentalmente buscar el *origen* de la forma monetaria del valor, estudiar el *proceso histórico* de desarrollo del cambio, comenzando por las operaciones sueltas y fortuitas de trueque («forma simple, suelta o casual del valor»: determinada cantidad de una mercancía es cambiada por determinada cantidad de otra mercancía) y pasando por la forma general del valor, en que mercancías diferentes se cambian por otra mercancía determinada y concreta, siempre la misma, hasta llegar a la forma monetaria del valor, en que la función de esta mercancía, o sea, la función de equivalente universal, la desempeña ya el oro. El dinero, producto supremo del desarrollo del cambio y de la producción de

mercancías, disfraza y oculta el carácter social de los trabajos individuales, la concatenación social existente entre los diversos productores unidos por el mercado. Marx somete a un análisis extraordinariamente minucioso las diversas funciones del dinero, debiendo resaltarse aquí (como en los primeros capítulos de *El Capital*) que lo que parece una exposición abstracta y a veces puramente deductiva es en realidad un gigantesco arsenal de datos sobre la historia del desarrollo del cambio y de la producción de mercancías.

El dinero presupone cierto nivel en el cambio de mercancías. Las diversas formas del dinero (simple equivalente de mercancías, medio de circulación, medio de pago, tesoro y dinero mundial) señalan, según el distinto alcance y el predominio relativo de una de estas funciones, grados muy distintos del proceso social de producción (*El Capital*, tomo I).

La plusvalía

Al alcanzar la producción de mercancías un determinado grado de desarrollo, el dinero se convierte en capital. La fórmula de la circulación de mercancías era: M (mercancía) – D (dinero) – M (mercancía), es decir, venta de una mercancía para comprar otra. Por el contrario, la fórmula general del capital es D–M–D, es decir, la compra para la venta (con ganancia). Marx llama *plusvalía* al crecimiento del valor primitivo del dinero que se lanza a la circulación. Que el dinero lanzado a la circulación capitalista «crece» es un hecho que todo el mundo conoce. Y precisamente ese «crecimiento» es lo que convierte el dinero en *capital*, o sea, en una relación social de producción históricamente determinada. La plusvalía no puede provenir de la circulación de mercancías, pues esta solo conoce el cambio de equivalentes; tampoco puede provenir de un alza en los

precios, pues las pérdidas y las ganancias recíprocas de vendedores y compradores se equilibrarían; se trata de un fenómeno social medio, generalizado, y no de un fenómeno individual. Para obtener plusvalía, «el poseedor del dinero necesita encontrar en el mercado una mercancía cuyo valor de uso posea la peculiar cualidad de ser fuente de valor», una mercancía cuyo proceso de consumo sea, al mismo tiempo, un proceso de creación de valor.

Y esta mercancía existe: es la fuerza de trabajo humana. Su consumo es el trabajo, y el trabajo crea valor. El poseedor del dinero compra la fuerza de trabajo por su valor, valor que es determinado, como el de cualquier otra mercancía, por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla (es decir, por el coste del mantenimiento del obrero y su familia). Una vez que ha comprado la fuerza de trabajo, el poseedor del dinero tiene derecho a consumirla, es decir, a obligarla a trabajar durante un día entero, por ejemplo, durante doce horas. Pero el obrero crea en seis horas (tiempo de trabajo «necesario») un producto con el que cubre los gastos de su mantenimiento; durante las seis horas restantes (tiempo de trabajo «suplementario») crea un «plusproducto» no retribuido por el capitalista, que es la plusvalía. Por consiguiente, desde el punto de vista del proceso de la producción, en el capital hay que distinguir dos partes: el capital constante —invertido en medios de producción (máquinas, instrumentos de trabajo, materias primas, etc.) y cuyo valor se transfiere sin cambios (de una sola vez o en parte) al producto elaborado— y el capital variable, que es el que se invierte en pagar la fuerza de trabajo. El valor de este capital no permanece invariable, sino que aumenta en el proceso del trabajo, al crear la plusvalía. Por tanto, para expresar el grado de explotación de la fuerza de trabajo por el capital no tenemos que comparar la plusvalía obtenida con el capital global, sino exclusivamente con el capital variable. La cuota de plusvalía, como llama Marx a esta relación, sería, pues, en nuestro ejemplo, de 6:6, es decir, del 100%.

Las premisas históricas para la aparición del capital son: 1) la acumulación de determinada suma de dinero en manos de ciertas personas, con un nivel de desarrollo relativamente alto de la producción de mercancías en general; y 2) la existencia de obreros «libres» en un doble sentido: libres de todas las trabas o restricciones impuestas a la venta de la fuerza de trabajo y libres por carecer de tierra y, en general, de medios de producción, la existencia de obreros desposeídos, de obreros «proletarios», que solo pueden subsistir vendiendo su fuerza de trabajo.

Hay dos modos fundamentales para incrementar la plusvalía: la prolongación de la jornada de trabajo («plusvalía absoluta») y la reducción del tiempo de trabajo necesario («plusvalía relativa»). Al analizar el primer modo, Marx hace desfilar ante nosotros el grandioso panorama de la lucha de la clase obrera para reducir la jornada laboral y de la intervención del poder estatal, primero para prolongarla (siglos XIV-XVII) y después para reducirla (legislación fabril del siglo XIX). Desde la aparición de *El Capital*, la historia del movimiento obrero de todos los países civilizados ha aportado miles y miles de nuevos datos que ilustran este panorama.

En su análisis de la producción de la plusvalía relativa, Marx investiga las tres etapas históricas fundamentales en el proceso de elevación de la productividad del trabajo por el capitalismo: 1) la cooperación simple; 2) la división del trabajo y la manufactura; 3) la maquinaria y la gran industria. La profundidad con que Marx pone de relieve los rasgos fundamentales y típicos del desarrollo del capitalismo es mostrada, entre otras cosas, por el hecho de que el estudio de la llamada industria de los *kustares*²⁷ en Rusia aporta abundante material para ilustrar las dos primeras de las tres etapas mencionadas. En cuanto al efecto revolucionario

27 Artesanos que trabajaban en establecimientos muy pequeños y para un mercado muy reducido.

de la gran industria mecanizada, descrito por Marx en 1867, a lo largo del medio siglo transcurrido desde entonces se ha venido revelando en toda una serie de países «nuevos» (Rusia, Japón, etc.).

Prosigamos. Importantísimo y nuevo es el análisis de Marx sobre la *acumulación del capital*, es decir, sobre la transformación de una parte de la plusvalía en capital y sobre su empleo no para satisfacer las necesidades personales o los caprichos del capitalista, sino para volver a producir. Marx hace ver el error de toda la economía política clásica anterior (desde Adam Smith²⁸) al suponer que toda la plusvalía que se convertía en capital pasaba a formar parte del capital variable, cuando en realidad se descompone en *medios de producción* y en capital variable. El incremento más rápido de la parte del capital constante (en la suma total del capital) respecto a la parte del capital variable tiene excepcional importancia en el proceso de desarrollo del capitalismo y de su transformación en socialismo.

Al acelerar el desplazamiento de los obreros por la maquinaria, produciendo riqueza en un polo y miseria en el polo opuesto, la acumulación del capital crea también el llamado «ejército industrial de reserva», el «excedente relativo» de obreros o «superpoblación capitalista», que reviste formas muy diversas y permite al capital ampliar con singular rapidez la producción. Esta posibilidad, combinada con el crédito y la acumulación de capital en medios de producción, nos da, entre otras cosas, la clave para comprender las *crisis* de sobreproducción que estallan periódicamente en los países capitalistas, primero cada diez años, término medio, y luego con intervalos mayores y menos precisos. Hay que distinguir entre la acumulación de capital realizada ya bajo el capitalismo y la conocida

28 Destacado economista burgués británico del siglo XVIII, que defendió la propiedad privada, el libre mercado y la competencia. Fue el iniciador de la llamada escuela clásica.

como acumulación primitiva: la separación forzosa del trabajador de sus medios de producción, la expulsión del campesino de sus tierras, el robo de las tierras comunales, el sistema de las colonias y el sistema de las deudas nacionales, las tarifas aduaneras proteccionistas, etc. La «acumulación primitiva» crea, en un polo, al proletario «libre», y en el contrario, al poseedor del dinero, el capitalista.

Marx describe la «*tendencia histórica de la acumulación capitalista*» con las famosas siguientes palabras:

La expropiación de los productores directos se lleva a cabo con el más despiadado vandalismo y con el acicate de las pasiones más infames, más ruines, más mezquinas y más odiosas. La propiedad privada, fruto del trabajo personal [del campesino y del artesano] y que el individuo libre ha creado identificándose en cierto modo con los instrumentos y las condiciones de su trabajo, cede el sitio a la propiedad privada capitalista, basada en la explotación de la fuerza de trabajo ajena y que no tiene más que una apariencia de libertad (...) Ahora no se trata ya de expropiar al trabajador que explota él mismo su hacienda, sino al capitalista, que explota a muchos obreros. Esta expropiación se realiza a través de la acción de las leyes inherentes a la propia producción capitalista, a través de la centralización de los capitales. Un capitalista derrota a muchos otros. Y paralelamente a esta centralización del capital o expropiación de muchos capitalistas por unos pocos, se desarrolla en una escala cada vez mayor la forma cooperativa del proceso de trabajo, se desarrolla la aplicación consciente de la ciencia a la técnica, la explotación sistemática de la tierra, la transformación de los medios de trabajo en medios de trabajo utilizables solo colectivamente, la economía de todos los medios de producción al ser usados como medios de producción de un trabajo combinado, social, la incorporación de todos los pueblos a la red del mercado mundial y, junto a ello, el carácter internacional del régimen capitalista.

A medida que disminuye constantemente el número de magnates capitalistas, que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, aumenta la miseria, la opresión, la esclavitud, la degeneración, la explotación; pero aumenta también la rebeldía de la clase obrera, que es aleccionada, unida y organizada por el mecanismo del propio proceso de producción capitalista. El monopolio del capital se convierte en grillete del modo de producción que se había desarrollado con él y gracias a él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista, que acaba por estallar. A la propiedad privada capitalista le llega su hora. Los expropiadores son expropiados (*El Capital*, tomo I).

Otro punto sumamente importante y nuevo es el análisis que Marx hace de la reproducción del capital social, tomado en su conjunto, en el tomo II de *El Capital*. También en este caso toma Marx un fenómeno general, y no individual; toma toda la economía social en su conjunto, y no una parte de ella. Rectificando el error antes mencionado de los economistas clásicos, Marx divide toda la producción social en dos grandes secciones: 1) producción de medios de producción; y 2) producción de artículos de consumo. Y, apoyándose en cifras, analiza minuciosamente la circulación del capital social en su conjunto, tanto en la reproducción simple como en la acumulación. En el tomo III de *El Capital* se resuelve, sobre la base de la ley del valor, el problema de la formación de la *tasa media de ganancia*. Es un gran progreso en la ciencia económica el hecho de que Marx parta siempre, en sus investigaciones, de los fenómenos económicos generales, del conjunto de la economía social, y no de casos aislados o de las manifestaciones superficiales de la competencia, que es a lo que suele limitarse la economía política vulgar o la moderna «teoría de la

utilidad marginal».²⁹ Marx analiza primero el origen de la plusvalía y luego pasa a ver su descomposición en ganancia, interés y renta del suelo. La ganancia es la relación entre la plusvalía y todo el capital invertido en una empresa. El capital de «alta composición orgánica» (es decir, aquel en el cual el capital constante predomina sobre el capital variable en proporciones superiores a la media social) arroja una tasa de ganancia inferior a la media. El capital de «baja composición orgánica» rinde, por el contrario, una tasa de ganancia superior a la media. La competencia entre los capitales y su paso libre de unas ramas productivas a otras reducen a la media la tasa de ganancia. La suma de los valores de todas las mercancías de una sociedad dada coincide con la suma de precios de esas mercancías; pero en las distintas empresas y en las diversas ramas de la producción, las mercancías, bajo la presión de la competencia, no se venden por su valor, sino por el *precio de producción*, que equivale al capital invertido más la ganancia media.

Así pues, un hecho conocido de todos e indiscutible (que los precios difieren de los valores y que las ganancias se compensan unas con otras), Marx lo explica perfectamente partiendo de la ley del valor, pues la suma de los valores de todas las mercancías coincide con la suma de sus precios. Sin embargo, la reducción del valor (social) a los precios (individuales) no es una operación simple y directa, sino que sigue una vía muy complicada: es perfectamente lógico que, en una sociedad de productores de mercancías dispersos vinculados solamente por el mercado, las leyes que rigen esa sociedad se manifiesten necesariamente a través de resultados medios, sociales, generales, con una compensación recíproca de las desviaciones individuales en uno u otro sentido.

²⁹ Teoría económica burguesa surgida en los años 70 del siglo XIX en oposición a la teoría marxista del valor. Según la misma, la apreciación subjetiva del consumidor es la fuente del valor, contribuyendo así a ocultar la explotación del trabajador por el capitalista. También es llamada teoría de la utilidad límite.

La elevación de la productividad del trabajo significa un incremento más rápido del capital constante respecto al variable. Pero como la creación de plusvalía es una función privativa del capital variable, se comprende que la tasa de ganancia (o sea, la relación entre la plusvalía y todo el capital, no solo con su parte variable) acuse una tendencia a la baja. Marx analiza detalladamente esta tendencia, así como las diversas circunstancias que la ocultan o la contrarrestan. Sin detenernos a exponer los capítulos, extraordinariamente interesantes, del tomo III, que tratan del capital usurario, comercial y monetario, pasaremos a lo esencial, a la teoría de la *renta del suelo*.

Dado que la superficie del suelo está limitada, puesto que en los países capitalistas lo ocupan enteramente propiedades particulares, el coste de producción de los productos agrícolas no lo determinan los gastos de producción en los terrenos de calidad media, sino en los de calidad inferior; no lo determinan las condiciones medias en que el producto se lleva al mercado, sino las condiciones peores. La diferencia existente entre este coste y el coste de producción en las tierras mejores (o en condiciones más favorables de producción) constituye la *renta diferencial*. Marx analiza en detalle la renta diferencial y demuestra que proviene de la diferente fertilidad del suelo, de la diferencia de los capitales invertidos en el cultivo de las tierras, poniendo totalmente al descubierto (véase también *Teorías sobre la plusvalía*, donde merece especial atención la crítica a Rodbertus³⁰) el error de Ricardo, según el cual la renta diferencial solo se obtiene por el paso sucesivo de tierras mejores a otras peores. Por el contrario, se dan también casos inversos: tierras

30 Karl Johann Rodbertus (1805-1875): Economista y político alemán partidario de cierto socialismo de Estado. Planteó que las crisis podían ser consecuencia de la tendencia a la disminución de los salarios respecto al conjunto de los ingresos de la sociedad y propuso redistribuir las rentas a través de los impuestos.

de una clase determinada se transforman en tierras de otra clase (gracias a los progresos de la técnica agrícola, a la expansión de las ciudades, etc.), por lo que la célebre «ley del rendimiento decreciente del suelo» es un profundo error que intenta cargar sobre la naturaleza los defectos, limitaciones y contradicciones del capitalismo.

Además, la igualdad de ganancias en todas las ramas de la industria y de la economía nacional presupone la plena libertad de competencia, la libertad de transferir los capitales de una rama de la producción a otra. Pero la propiedad privada del suelo crea un monopolio, que es un obstáculo para esa libre transferencia. En virtud de ese monopolio, los productos de la agricultura, que se distinguen por una baja composición orgánica del capital y, por consiguiente, por una tasa de ganancia individual más alta, no entran en el proceso totalmente libre de nivelación de las tasas de ganancia.

El propietario agrícola puede, en calidad de monopolista, mantener sus precios por encima del nivel medio, y este precio de monopolio origina la renta *absoluta*. La renta diferencial no puede ser abolida dentro del capitalismo; en cambio, la renta absoluta *sí puede serlo*; por ejemplo, con la nacionalización de la tierra, que la convierte en propiedad del Estado. Esta medida significaría romper el monopolio de los propietarios privados, así como una aplicación más consecuente y más completa de la libre competencia en la agricultura. Por eso, advierte Marx, los burgueses radicales han formulado repetidas veces a lo largo de la historia esta reivindicación burguesa progresista de nacionalizar la tierra, que sin embargo asusta a la mayoría de los burgueses porque «toca» demasiado de cerca a otro monopolio mucho más importante y «sensible» en nuestros días: el monopolio de los medios de producción en general. (En su carta a Engels del 2 de agosto de 1862, Marx expone en un lenguaje muy popular, conciso y claro su teoría de la ganancia media sobre el capital y de la renta absoluta del suelo. Véase

Correspondencia, t. III, págs. 77-81, y también la carta del 9 de agosto de 1862, en las pp. 86-87).

En la historia de la renta del suelo es también importante señalar el análisis de Marx que demuestra la transformación de la renta de trabajo (cuando el campesino crea el plusproducto trabajando la tierra del amo) en renta natural o renta en especie (cuando el campesino crea el plusproducto trabajando su propia tierra, entregándoselo luego al amo por el imperio de la «coerción extraeconómica»), después en renta en dinero (que es la misma renta en especie, solo que convertida en dinero, el *obrok*³¹ de la antigua Rusia, en virtud del desarrollo de la producción de mercancías) y, por último, en renta capitalista, cuando, en vez del campesino, es el patrono quien cultiva la tierra con ayuda del trabajo asalariado.

En relación con este análisis de la génesis de la renta capitalista del suelo, hay que señalar una serie de profundas ideas de Marx (de especial importancia para los países atrasados, como Rusia) sobre la *evolución del capitalismo en la agricultura*:

La transformación de la renta natural en renta en dinero no solo va invariablemente acompañada, sino que es anticipada, por la formación de una clase de jornaleros desposeídos, que se contratan por dinero. En el curso del período de su formación, cuando esta nueva clase solo aparece esporádicamente, entre los campesinos más acomodados, sujetos al *obrok*, va extendiéndose, como es lógico, la costumbre de explotar por su cuenta a obreros asalariados agrícolas, del mismo modo que ya en la época feudal los siervos de la gleba acomodados³² tenían a su vez vasallos

31 El *obrok* era un censo de la Rusia feudal, el tributo, en especie o en dinero, que el campesino tenía que pagar al propietario de la tierra.

32 Es decir, campesinos que, aunque acomodados, estaban sometidos igualmente a vasallaje por el señor feudal.

a su servicio. Esto les da la posibilidad de ir acumulando poco a poco cierta fortuna y de transformarse en futuros capitalistas. Entre los antiguos cultivadores de tierra propia surge así un foco de arrendatarios capitalistas, cuyo desarrollo depende del desarrollo general de la producción capitalista fuera de la agricultura (*El Capital*, t. III, p. 332).

La expropiación y la expulsión de la aldea de una parte de la población rural no solo «libera» para el capital industrial a los obreros, sus medios de vida y sus instrumentos de trabajo, sino que le crea el mercado interior (*El Capital*, t. I, p. 778).

La depauperación y la ruina de la población campesina influyen, a su vez, en la formación del ejército industrial de reserva del capital. En todo país capitalista,

una parte de la población rural se encuentra constantemente en trance de transformarse en población urbana o manufacturera [es decir, no agrícola]. Esta fuente de superpoblación relativa mana sin cesar (...) El obrero agrícola se ve, por consiguiente, reducido al salario mínimo y tiene siempre un pie en el pantano del pauperismo (*El Capital*, t. I, p. 668).

La propiedad privada del campesino sobre la tierra que cultiva es la base de la pequeña producción y la condición para que esta florezca y se desarrolle en la forma clásica. Pero esa pequeña producción solo es compatible con un marco estrecho, primitivo, de la producción y de la sociedad. Bajo el capitalismo,

la explotación de los campesinos se distingue de la explotación del proletariado industrial solo por la forma. El explotador es el mismo: el capital. El capitalista individual explota al campesino individual por medio de la hipoteca y la usura; la clase capitalista explota a la clase

campesina por medio de los impuestos del Estado (Marx, *Las luchas de clases en Francia*).

La parcela del campesino es ya solamente el pretexto que permite al capitalista extraer de la tierra ganancia, intereses y renta, dejando al agricultor que se las arregle para sacar como pueda su salario (*El 18 Brumario de Luis Bonaparte*).

Habitualmente, el campesino entrega incluso a la sociedad capitalista, es decir, a la clase capitalista, una parte de su salario, descendiendo «al nivel del colono irlandés, y todo bajo la apariencia de un propietario privado» (*Las luchas de clases en Francia*). ¿Cuál es «una de las causas de que, en países donde predomina la propiedad parcelaria, el precio del trigo esté más bajo que en los países donde impera el régimen capitalista de producción»? (*El Capital*, t. III, p. 340). La causa es que el campesino entrega gratuitamente a la sociedad (es decir, a la clase capitalista) una parte del plusproducto. «Estos bajos precios [del trigo y los demás productos agrícolas] son, por tanto, consecuencia de la pobreza de los productores, y en ningún caso resultado de la productividad de su trabajo» (*El Capital*, t. III, 2ª, 340).

Bajo el capitalismo, la pequeña propiedad agraria, forma normal de la pequeña producción, se va degradando, es destruida y desaparece.

La pequeña propiedad agraria, por su propia naturaleza, es incompatible con el desarrollo de las fuerzas productivas sociales del trabajo, con las formas sociales del trabajo, con la concentración social de los capitales, con la ganadería a gran escala y con la utilización progresiva de la ciencia. La usura y el sistema fiscal la conducen inevitablemente a la ruina en todas partes. El capital invertido en la compra de tierras es sustraído al cultivo de estas. Fragmentación infinita de los medios de producción y diseminación de los productores mismos.

(Las cooperativas, es decir, las asociaciones de pequeños campesinos, cumplen un extraordinario papel progresista desde el punto de vista burgués, pero solo pueden atenuar esta tendencia, sin llegar a suprimirla; además, no debe olvidarse que estas cooperativas dan mucho a los campesinos acomodados y muy poco, casi nada, a la masa de campesinos pobres, ni que esas asociaciones terminan por explotar ellas mismas el trabajo asalariado).

El derroche de energía humana es inmenso. El empeoramiento progresivo de las condiciones de producción y el encarecimiento de los medios de producción son leyes de la propiedad parcelaria.

En la agricultura, como en la industria, el capitalismo transforma el proceso de producción a costa del «martirio de los productores».

La dispersión de los obreros del campo en grandes extensiones quebranta su fuerza de resistencia, mientras que la concentración robustece la fuerza de resistencia de los obreros urbanos. Al igual que en la industria moderna, en la moderna agricultura, capitalista, el aumento de la fuerza productiva del trabajo y su mayor movilidad se consiguen a costa de devastar y agotar la propia fuerza de trabajo. Fuera de ello, todo progreso de la agricultura capitalista no es solamente un progreso del arte de esquilmar al obrero, sino también del arte de esquilmar la tierra (...) Por lo tanto, la producción capitalista no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción más que socavando al mismo tiempo las fuentes de toda riqueza: la tierra y el obrero (*El Capital*, t. I, final del capítulo 13).

El socialismo

Por lo expuesto, se ve cómo Marx, basándose única y exclusivamente en la ley económica del movimiento de la

sociedad moderna, llega a la conclusión de que la transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista es inevitable. La socialización del trabajo, que avanza cada vez con mayor rapidez bajo miles de formas y que en el medio siglo transcurrido desde la muerte de Marx se manifiesta de un modo muy palpable en el incremento de la gran producción, los cárteles, las asociaciones y los trust capitalistas [monopolios y corporaciones], y en el gigantesco crecimiento del volumen y el poder del capital financiero, es la base material más importante del advenimiento inevitable del socialismo. El motor intelectual y moral de esta transformación, su agente físico, es el proletariado, educado por el propio capitalismo. Su lucha contra la burguesía, que se manifiesta de múltiples formas cada vez más ricas en contenido, acaba por convertirse inevitablemente en lucha política por la conquista del poder político por el proletariado (la «dictadura del proletariado»). La socialización de la producción no puede dejar de conducir a la conversión de los medios de producción en propiedad social, a la «expropiación de los expropiadores». La gigantesca elevación de la productividad del trabajo, la reducción de la jornada laboral y la sustitución de los vestigios, de las ruinas de la pequeña producción, primitiva y desperdigada, por el trabajo colectivo perfeccionado son las consecuencias directas de esa conversión.

El capitalismo rompe definitivamente los vínculos de la agricultura con la industria, pero, al mismo tiempo, con la culminación de su desarrollo, prepara nuevos elementos de esos vínculos (la unión de la industria con la agricultura) sobre la base de la aplicación consciente de la ciencia, de la combinación del trabajo colectivo y de un nuevo reparto territorial de la población (acabando con el abandono del campo, con su aislamiento del mundo y con el atraso de la población rural, así como con la aglomeración antinatural de gigantescas masas humanas en las grandes ciudades). Las formas superiores del capitalismo moderno preparan

nuevas relaciones familiares, nuevas condiciones para la mujer y para la educación de las nuevas generaciones: en la sociedad moderna, el trabajo de las mujeres y los niños y la disolución de la familia patriarcal por el capitalismo revisten inevitablemente las formas más horribles, miserables y repulsivas.

No obstante,

la gran industria, al asignar a la mujer, a los jóvenes y a los niños de ambos sexos un papel decisivo en el proceso socialmente organizado de la producción, al margen de la esfera doméstica, crea la base económica para una forma superior de familia y de relaciones entre ambos sexos. Sería igual de absurdo, naturalmente, considerar absoluta la forma cristiano-germánica de la familia, o las antiguas formas romana y griega o la forma oriental, que, por lo demás, constituyen en su conjunto una sola línea de desarrollo histórico. Es evidente, asimismo, que la composición del personal obrero, la combinación de individuos de uno u otro sexo y de las más diversas edades, aunque en su forma espontáneamente brutal, capitalista, en la que el obrero existe para el proceso de producción y no el proceso de producción para el obrero, constituye una fuente pestífera de descomposición y esclavitud, bajo las condiciones adecuadas debe convertirse inevitablemente en fuente de desarrollo humano. (*El Capital*, t. I, final del cap. 13).

El sistema fabril nos muestra

el germen de la educación futura, en la que se combinará para todos los niños, a partir de cierta edad, el trabajo productivo con la enseñanza y la gimnasia, no solo como método para aumentar la producción social, sino como el único método capaz de producir hombres plenamente desarrollados en todos los aspectos (*loc. cit.*).

Sobre esa misma base histórica plantea el socialismo de Marx los problemas de la nacionalidad y del Estado, no limitándose a explicar el pasado, sino previendo audazmente el futuro y en el sentido de una intrépida acción práctica para su realización. Las naciones son un producto y una forma inevitables de la etapa burguesa de desarrollo de la sociedad. Y la clase obrera no podía fortalecerse, alcanzar su madurez y formarse, sin «organizarse en los límites de la nación», sin ser «nacional» («aunque de ningún modo en el sentido burgués»).³³

Pero el desarrollo del capitalismo va destruyendo cada vez más las barreras nacionales, acaba con el aislamiento nacional y sustituye los antagonismos nacionales por los antagonismos de clase. Por eso es una verdad innegable que, en los países capitalistas avanzados, «los obreros no tienen patria» y que la «acción común» de los obreros, al menos en los países civilizados, «es una de las primeras condiciones de su emancipación» (*El Manifiesto Comunista*).

El Estado, que es la violencia organizada, surgió inevitablemente en determinada fase del desarrollo de la sociedad, cuando esta, dividida en clases antagónicas, no habría podido seguir existiendo sin un «poder» situado aparentemente por encima de ella y, hasta cierto punto, separado de ella. El Estado, fruto de los antagonismos de clase, se convierte en

el Estado de la clase más poderosa, de la clase económicamente dominante, que, con ayuda del mismo, se convierte también en la clase políticamente dominante,

33 Estas palabras proceden de *El Manifiesto Comunista*: «Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Pero, en la medida en que el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, todavía es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués» (Marx, Engels: *El Manifiesto Comunista*. FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, mayo 2019, pág. 36).

adquiriendo con ello nuevos medios para la represión y explotación de la clase oprimida. Así, el Estado antiguo era, ante todo, el Estado de los esclavistas para tener sometidos a los esclavos; el Estado feudal era el órgano de la nobleza para tener sujetos a los campesinos siervos; y el moderno Estado representativo es el instrumento del capital para explotar el trabajo asalariado (Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, obra en la que el autor expone sus ideas y las de Marx³⁴).

Incluso la forma más libre y progresista del Estado burgués, la república democrática, no elimina de ningún modo este hecho; lo único que hace es variar su forma (vínculos del gobierno con la Bolsa, corrupción —directa o indirecta— de los funcionarios y de la prensa, etc.).

El socialismo, que conduce a la abolición de las clases, conduce por ello a la supresión del Estado.

El primer acto en que el Estado actúa efectivamente como representante de toda la sociedad (la expropiación de los medios de producción en nombre de la sociedad) es a la par su último acto independiente como Estado. La intervención del poder del Estado en las relaciones sociales se hará superflua en un campo tras otro de la vida social y se apagará por sí misma. El gobierno sobre las personas será sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos productivos. El Estado no será «abolido»; se extinguirá (Engels, *Anti-Dühring*)

La sociedad, reorganizando de un modo nuevo la producción sobre la base de una asociación libre de productores iguales, enviará toda la maquinaria del Estado al lugar que entonces le corresponderá: el museo de antigüedades, junto a la rueca y el hacha de bronce (Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*).

34 Existe edición de la FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS.

Por último, respecto al problema de la actitud del socialismo de Marx hacia los pequeños campesinos, que seguirán existiendo en la época de la expropiación de los expropiadores, debemos señalar un pasaje en que Engels recoge las ideas de Marx:

Cuando estemos en posesión del poder del Estado, no podremos pensar en expropiar violentamente a los pequeños campesinos (sea con indemnización o sin ella) como nos veremos obligados a hacerlo con los grandes terratenientes. Nuestra misión respecto a los pequeños campesinos consistirá, ante todo, en encauzar su producción individual y su propiedad privada hacia un régimen cooperativo, no por la fuerza, sino por el ejemplo, y brindando la ayuda social para este fin. Y aquí tendremos, ciertamente, medios sobrados para presentar al pequeño campesino la perspectiva de ventajas que ya hoy tienen que serle explicadas (Engels, *El problema campesino en Francia y Alemania*, ed. Alexéieva, p. 17; la traducción rusa contiene errores. Véase el original en *Die Neue Zeit*³⁵).

La táctica de la lucha de clase del proletariado

Tras poner al descubierto, ya en 1844-45, uno de los defectos fundamentales del antiguo materialismo, consistente en no comprender las condiciones ni apreciar la importancia de la actividad revolucionaria práctica, Marx prestó una gran atención durante toda su vida, además de a los aspectos teóricos, a las cuestiones de táctica de la lucha de clase del proletariado. *Todas* las obras de Marx, y en particular los cuatro volúmenes de su correspondencia con Engels, publicados en 1913, nos ofrecen a este respecto una documentación valiosísima. Esta correspondencia dista mucho de estar debidamente recopilada, sistematizada, estudiada

35 Revista teórica del SPD alemán.

y analizada. Por eso tendremos que limitarnos aquí a las observaciones más generales y más breves, subrayando que, para Marx, el materialismo despojado de *este* aspecto era justamente un materialismo a medias, unilateral, sin vida. Marx determinó la tarea esencial de la táctica del proletariado en rigurosa consonancia con todas las premisas de su concepción materialista dialéctica del mundo. Solo considerando objetivamente el conjunto de las relaciones mutuas entre todas las clases, sin excepción, que forman una sociedad dada, y considerando, por tanto, el grado objetivo de desarrollo de dicha sociedad y sus relaciones con otras sociedades, podremos tener una base que nos permita trazar la táctica correcta de la clase de vanguardia. A este respecto, todas las clases y todos los países no son examinados de un modo estático, sino dinámico, es decir, no como algo inmóvil, sino en movimiento (movimiento cuyas leyes emanan de las condiciones económicas de vida de cada clase). A su vez, el movimiento debe ser estudiado no solo desde la óptica del pasado, sino también del futuro, y además no con el criterio vulgar de los «evolucionistas», que solo perciben cambios lentos, sino dialécticamente: «En los grandes procesos históricos, veinte años son igual a un día —escribía Marx a Engels—, si bien luego pueden venir días en que se condensen veinte años» (*Correspondencia*, t. III, p. 127).³⁶

En cada grado de desarrollo, en cada momento, la táctica del proletariado debe tener presente esta dialéctica objetivamente inevitable de la historia humana; por un lado, aprovechando las épocas de estancamiento político o de desarrollo a paso de tortuga (la llamada evolución «pacífica»), para elevar la conciencia, la fuerza y la capacidad combativa de la clase avanzada, y por otro, encauzando toda esa labor de aprovechamiento hacia el «objetivo final» del movimiento de dicha clase, capacitándola para resolver

36 Véase la carta de Marx a Engels, 9/4/1863.

en la práctica las grandes tareas, cuando lleguen los grandes días «en que se condensan veinte años». Sobre esta cuestión hay dos consideraciones de Marx que tienen particular importancia: una, en *Miseria de la filosofía*, se refiere a la lucha económica y a las organizaciones económicas del proletariado; la otra es de *El Manifiesto Comunista* y se refiere a sus tareas políticas.

La primera dice así:

La gran industria concentra en un solo lugar una multitud de personas que se desconocen entre sí. La competencia divide sus intereses. Pero la defensa de los salarios, ese interés común frente a su patrono, los une en una idea común de resistencia, de coalición (...) Las coaliciones, al principio aisladas, forman grupos, y la defensa de sus asociaciones frente al capital, siempre unido, acaba siendo para los obreros más importante que la defensa de los salarios (...) En esta lucha —una verdadera guerra civil— se van uniendo y desarrollando todos los elementos necesarios para la batalla futura. Al llegar a este punto, la coalición adquiere un carácter político.

Ante nosotros tenemos el programa y la táctica de la lucha económica y del movimiento sindical para varios decenios, para toda la larga época durante la cual el proletariado preparará sus fuerzas «para la batalla futura». Compárese esto con los numerosos ejemplos que Marx y Engels sacan del movimiento obrero inglés, de cómo la «prosperidad» industrial suscita intentos de «comprar a los obreros» (*Correspondencia con Engels*, t. I, p. 136)³⁷ y de apartarlos de la lucha; de cómo esa prosperidad en general «desmoraliza a los obreros» (II, 218); de cómo «se aburguesa» el proletariado inglés; de cómo «la más burguesa de las naciones [Inglaterra] parece que quisiera llegar a tener,

37 Véase la carta de Engels a Marx, 5/2/1851.

además de una burguesía, una aristocracia burguesa y un proletariado burgués» (II, 290)³⁸; de cómo desaparece la «energía revolucionaria» del proletariado inglés (III, 124); de cómo habrá que esperar más o menos tiempo hasta que «los obreros ingleses se libren de su aparente contaminación burguesa» (III, 127); de cómo al movimiento obrero inglés le falta «el ardor de los artistas» (1866, III, 305)³⁹; de cómo los líderes de los obreros ingleses se transforman en un tipo intermedio entre el burgués radical y el obrero» (caracterización que se refiere a Holyoake⁴⁰, IV, 209); de cómo, en virtud de la posición monopolista de Inglaterra y mientras subsista este monopolio, «no habrá nada que hacer con el obrero inglés» (IV, 433)⁴¹. La táctica de la lucha económica en relación con la marcha general (*y con el resultado*) del movimiento obrero se examina aquí desde un punto de vista admirablemente amplio, universal, dialéctico, verdaderamente revolucionario.

El Manifiesto Comunista establece el siguiente principio del marxismo sobre la táctica de la lucha política: «Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera; pero, al mismo tiempo, defienden también, dentro del movimiento actual, el porvenir de este movimiento». Por eso Marx apoyó en 1848, en Polonia, al partido de la «revolución agraria», es decir, al «partido que en 1846 provocó la insurrección de Cracovia».

En Alemania, Marx apoyó en 1848-49 a la democracia revolucionaria extrema, sin que jamás se retractase de lo

38 Véanse las cartas de Engels a Marx, 17/12/1857 y 7/10/1858.

39 Véanse las cartas de Engels a Marx, 8/4/1863 y de Marx a Engels, 9/4/1863 y 2/4/1866. Los artistas fueron el primer movimiento obrero independiente de la historia, surgido en Inglaterra en los años 30 y 40 del siglo XIX. Plantearon peticiones al Parlamento en diversas ocasiones; la más conocida recibió el nombre de «Carta del Pueblo» (de ahí la denominación).

40 Georges Holyoake (1817-1906): Secularista británico (fue la última persona condenada por blasfemia en Gran Bretaña) y destacado impulsor del cooperativismo en la última etapa de su vida.

41 Véanse las cartas de Engels a Marx, 19/11/1869 y 11/8/1881.

que entonces dijo sobre táctica. Para él, la burguesía alemana era un elemento «inclinado desde el primer instante a traicionar al pueblo [solo la alianza con los campesinos hubiese permitido a la burguesía alcanzar enteramente sus objetivos] y a pactar un compromiso con los representantes coronados de la vieja sociedad». He aquí el análisis final de Marx sobre la posición de clase de la burguesía alemana en la época de la revolución democrática burguesa. Y, por cierto, un análisis que es un modelo del materialismo que examina la sociedad en su movimiento, y además no solamente en su movimiento *hacia atrás*: «sin confianza en sí misma y sin confianza en el pueblo; gruñendo contra los de arriba y temblando ante los de abajo; (...) asustada ante la tormenta mundial; (...) sin energía en nada, con plagio en todo; (...) sin iniciativa; (...) un maldito viejo condenado a dirigir y a desviar, en su propio interés senil, los primeros impulsos juveniles de un pueblo robusto» (*Nueva Gaceta Renana*, 1848; véase *Herencia literaria*, t. III, p. 212).⁴²

Unos veinte años más tarde, en una carta a Engels (III, 224), Marx decía que la causa del fracaso de la revolución de 1848 fue que la burguesía prefirió la paz en la esclavitud a la simple perspectiva de luchar por la libertad. Al terminar la época revolucionaria de 1848-49, Marx se alzó contra los que se empeñaban en seguir jugando a la revolución (lucha contra Schapper y Willich⁴³), sosteniendo que era necesario saber trabajar en la nueva fase, que bajo una «paz» aparente estaba incubando nuevas revoluciones. El espíritu con que Marx pedía que se realizase el trabajo se ve en su apreciación de la situación alemana en 1856, el período más negro de la reacción: «En Alemania, todo dependerá de la posibilidad de respaldar la revolución proletaria con alguna

42 Véase Marx: *La burguesía y la contrarrevolución*, artículo segundo.

43 Karl Schapper (1812-1870) y August Willich (1810-1878) fueron los dirigentes de una fracción de la Liga de los Comunistas contraria a las tesis de Marx.

segunda edición de la guerra campesina» (*Correspondencia con Engels*, t. II, pág. 108).⁴⁴

Mientras en Alemania no se completó la revolución democrática (burguesa), Marx concentró toda su atención, en cuanto a la táctica del proletariado socialista, en impulsar la energía democrática de los campesinos. Opinaba que la actitud de Lassalle⁴⁵ era, «objetivamente, una traición al movimiento obrero en beneficio de Prusia» (III, 210), entre otras cosas porque se mostraba demasiado complaciente con los terratenientes y el nacionalismo prusiano.

En un país agrario —escribió Engels en 1865, en un cambio de impresiones con Marx a propósito de una proyectada declaración conjunta a la prensa— es una bajeza alzarse únicamente contra la burguesía en nombre del proletariado industrial, olvidando por completo la patriarcal «explotación a golpes» a que los obreros agrícolas se ven sometidos por la nobleza feudal (t. III, 217).⁴⁶

En el período 1864-70, cuando la revolución democrática burguesa alemana tocaba a su fin, cuando las clases explotadoras de Prusia y Austria pugnaban sobre los medios para completar esa revolución *desde arriba*, Marx no solo condenó a Lassalle por sus coqueteos con Bismarck, sino que llamó al orden a Liebknecht⁴⁷, que había caído en la «austrofilia» y defendía el particularismo. Marx exigió una táctica revolucionaria que combatiese implacablemente

44 Véase la carta de Marx a Engels, 16/4/1856.

45 Ferdinand Lassalle (1825-1864): Abogado y político alemán, amigo de Marx y defensor de un socialismo pequeñoburgués que posteriormente tendría gran influencia en la socialdemocracia alemana. En 1863 fundó la Unión General Obrera de Alemania, que en el congreso de Gotha (1875) se unificó con el Partido Socialdemócrata. Mantuvo posiciones oportunistas respecto a cuestiones teóricas y políticas fundamentales.

46 Véanse las cartas de Engels a Marx, 27/1/1865 y 5/2/1865.

47 Wilhelm Liebknecht (1826-1900): Fundador, junto con August Bebel, del SPD alemán. Fue el padre de Karl Liebknecht.

tanto a Bismarck como a los austrófilos, una táctica que no se acomodase al «vencedor», el *junker*⁴⁸ prusiano, sino que reanudase inmediatamente la lucha revolucionaria contra él, *a pesar de la situación* creada por las victorias militares de Prusia (Correspondencia con Engels, III, 134, 136, 147, 179, 204, 210, 215, 418, 437, 440-441).⁴⁹

En el famoso manifiesto de la Internacional del 9 de septiembre de 1870, Marx prevenía al proletariado francés contra un alzamiento prematuro; pero cuando, a pesar de todo, este tuvo lugar (1871), aclamó con entusiasmo la iniciativa revolucionaria de las masas, «que están tomando el cielo por asalto» (carta de Marx a Kugelmann).⁵⁰ En esta situación, como en muchas otras, la derrota de la acción revolucionaria era, desde el punto de vista materialista dialéctico que sustentaba Marx, un mal menor en la marcha general y en *el resultado* de la lucha proletaria, en comparación con lo que hubiese representado el abandono de las posiciones ya conquistadas, la capitulación sin lucha. Esta capitulación habría desmoralizado al proletariado y mermado su combatividad. Marx, que apreciaba en todo su valor el uso de los medios legales de lucha en los períodos de estancamiento político y de dominio de la legalidad burguesa, condenó severamente, en 1877 y 1878, tras la promulgación de la ley de excepción contra los socialistas⁵¹,

48 Ver nota 8.

49 Véanse las siguientes cartas: de Engels a Marx, 11/6/1863; de Marx a Engels, 12/6/1863; de Engels a Marx, 24/11/1863 y 4/9/1864; de Marx a Engels, 10/12/1864; de Engels a Marx, 27/1/1865; de Marx a Engels, 3/2/1865; de Engels a Marx, 6/12/1867; y de Marx a Engels, 17/12/1867.

50 Referencia al Segundo Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra franco-prusiana, escrito por Marx entre el 6 y el 9 de septiembre de 1870 (incluido en *El cielo por asalto. La Comuna de París*). En su prefacio a la traducción rusa de las cartas de Marx a L. Kugelmann, Lenin abunda en el tema.

51 La ley de excepción contra los socialistas alemana se promulgó en octubre de 1878. El SPD y las organizaciones obreras de masas fueron prohibidas, se suspendió la prensa obrera y se reprimió a los socialdemócratas. La presión del movimiento obrero logró su derogación en octubre de 1890.

las «frases revolucionarias» de un Most⁵²; pero combatió con el mismo vigor, o acaso con más, el oportunismo que por entonces se había adueñado temporalmente del Partido Socialdemócrata oficial, que no había sabido dar pruebas inmediatas de firmeza, decisión, espíritu revolucionario y disposición a pasar a la lucha ilegal en respuesta a la ley de excepción (cartas de Marx a Engels, IV, 397, 404, 418, 422 y 424⁵³; véanse también las cartas a Sorge⁵⁴).

52 Alusión a Johann Most, un diputado socialdemócrata alemán que evolucionó hacia el anarquismo. Se le atribuye la expresión «propaganda de los hechos».

53 Véanse las siguientes cartas: de Marx a Engels, 23/7/1877 y 1/8/1877; de Engels a Marx, 20/8/1879 y 9/9/1879; y de Marx a Engels, 10/9/1879.

54 Sorge, Friedrich Adolph (1828-1906): comunista alemán. A los 18 años se sumó al grupo de los revolucionarios de Sajonia durante el levantamiento armado de 1848. En marzo de 1852 fue expulsado de Bélgica y se trasladó a Londres. Después de recuperarse se embarcó para Nueva York, llegando en junio de 1852. En 1857 formó el Club Comunista de Nueva York, convirtiéndose en el principal defensor de Marx. En diciembre de 1869 fundó la Sección I de Primera la Internacional en Nueva York. Desde 1872 hasta 1874, Sorge fue secretario general de la Primera Internacional en todo el mundo. Su nombramiento siguió a la ruptura entre Marx y los anarquistas encabezados por Mijaíl Bakunin, y de la decisión, en septiembre de 1872, por el Congreso de La Haya, de transferir el Consejo General a Nueva York.

Friedrich Engels



*¡Qué antorcha de la razón se ha apagado!
¡Qué gran corazón ha dejado de latir!*⁵⁵

El 5 de agosto de 1895 falleció en Londres Friedrich Engels. Tras su amigo Karl Marx (fallecido en 1883), Engels fue el más notable sabio y maestro del proletariado contemporáneo de todo el mundo civilizado. Desde que el destino relacionó a Karl Marx con Friedrich Engels, la obra a la que ambos amigos consagraron su vida se convirtió en una obra común. Por eso, para comprender lo que Engels ha hecho por el proletariado es necesario entender claramente la importancia de la doctrina y la actividad de Marx en pro del desarrollo del movimiento obrero contemporáneo. Marx y Engels fueron los primeros en demostrar que la clase obrera, con sus reivindicaciones, es el resultado necesario del sistema económico actual, que, con la burguesía, crea y organiza inevitablemente al proletariado. Demostraron que la humanidad no se verá liberada de las calamidades que la azotan actualmente por los esfuerzos bienintencionados de algunas nobles personalidades, sino por la lucha de clase del proletariado organizado. Marx y Engels fueron los primeros en dejar sentado en sus obras científicas que el socialismo no es una invención de soñadores, sino la meta final y el resultado inevitable del desarrollo de las fuerzas

⁵⁵ Palabras tomadas del poema *En memoria de Dobroliúbov*, de Nikolai A. Nekrásov.

productivas dentro de la sociedad contemporánea. Toda la historia escrita hasta ahora es la historia de la lucha de clases, del cambio sucesivo en el dominio y en la victoria de una clase social sobre otra. Y esto continuará hasta que desaparezcan las bases de la lucha de clases y del dominio de clase: la propiedad privada y la producción social caótica. Los intereses del proletariado exigen que esas bases sean destruidas, por lo que la lucha de clases consciente de los obreros organizados debe dirigirse contra ellas. Y toda lucha de clases es una lucha política.

En nuestros días, todo el proletariado en lucha por su emancipación ha hecho suyos estos conceptos de Marx y Engels. Pero cuando, en la década de los 40, ambos amigos colaboraban en las publicaciones socialistas y participaban en los movimientos sociales de su tiempo, estos puntos de vista eran completamente nuevos. En aquel entonces había muchos hombres con talento y otros sin él, muchos honestos y otros deshonestos, que, en el ardor de la lucha por la libertad política, en la lucha contra la autocracia de los monarcas, la policía y el clero, no percibían el antagonismo existente entre los intereses de la burguesía y los del proletariado. Esos hombres ni siquiera admitían la idea de que los obreros actuasen como una fuerza social independiente. Por otra parte, hubo muchos soñadores, algunas veces geniales, que creían que bastaba con convencer a los gobernantes y a las clases dominantes de la injusticia del régimen social existente, para que resultase fácil implantar en el mundo la paz y el bienestar general. Soñaban con un socialismo que triunfase sin lucha. Finalmente, casi todos los socialistas y los amigos de la clase obrera de aquel tiempo⁵⁶ consideraban en general al proletariado como una *llaga* y

56 En su prefacio a la edición inglesa de 1888 de *El Manifiesto Comunista*, Engels explica que no pudieron titularlo «socialista» porque en aquella época el socialismo «era un movimiento de la clase burguesa (...) algo “respetable”, al menos en el continente». De hecho, el *Manifiesto* tiene un capítulo dedicado a criticar las diferentes tendencias de ese socialismo.

contemplaban con horror cómo crecía en paralelo al crecimiento de la industria. Por eso todos ellos pensaban cómo detener el desarrollo de la industria y del proletariado, cómo parar «la rueda de la historia». Contrariamente al miedo general ante el desarrollo del proletariado, Marx y Engels cifraban todas sus esperanzas en su continuo crecimiento numérico. Cuantos más proletarios haya, tanto mayor será su fuerza como clase revolucionaria y tanto más próximo y posible será el socialismo. Los servicios prestados por Marx y Engels a la clase obrera podrían expresarse en pocas palabras diciendo que le enseñaron a tener conocimiento y conciencia de sí misma, y sustituyeron las ilusiones por la ciencia.

He ahí por qué todo obrero debe conocer el nombre y la vida de Engels; tal es el motivo de que incluyamos en nuestra recopilación —que, como todo lo que editamos, tiene por objeto despertar la conciencia de clase de los obreros rusos— un esbozo sobre la vida y la actividad de Friedrich Engels, uno de los dos grandes maestros del proletariado contemporáneo.

Engels nació en 1820, en la ciudad de Barmen, provincia renana del reino de Prusia. Su padre era fabricante. En 1838, antes de terminar los estudios secundarios, se vio obligado, por motivos familiares, a emplearse como dependiente en una firma comercial de Bremen. Este trabajo no le impidió ocuparse de su capacitación científica y política. Siendo todavía estudiante de secundaria, llegó a odiar la autocracia y la arbitrariedad de los funcionarios del gobierno. El estudio de la filosofía lo llevó aún más lejos. En aquella época, en la filosofía alemana predominaba la doctrina de Hegel, de la que Engels se hizo partidario. A pesar de que el propio Hegel era admirador del Estado autocrático prusiano, a cuyo servicio se hallaba como profesor de la Universidad de Berlín, su *doctrina* era revolucionaria. La fe de Hegel en la razón humana y en los derechos de esta, y la tesis fundamental de la filosofía hegeliana, según la

cual el mundo transcurre en un constante proceso de cambio y desarrollo, condujeron a algunos discípulos del filósofo berlinés (los que no querían resignarse a la realidad) a la idea de que la lucha contra esa realidad, la lucha contra la injusticia existente y el mal reinante, tiene también sus raíces en la ley universal del desarrollo perpetuo. Si todo se desarrolla, si unas instituciones son reemplazadas por otras, ¿por qué han de perdurar eternamente la autocracia del rey prusiano o del zar ruso, el enriquecimiento de una ínfima minoría a expensas de la inmensa mayoría, el dominio de la burguesía sobre el pueblo?

La filosofía de Hegel hablaba del desarrollo del espíritu y las ideas: era una filosofía *idealista*. Del desarrollo del espíritu deducía el desarrollo de la naturaleza, el del hombre y el de las relaciones entre los hombres, el desarrollo de las relaciones sociales. Marx y Engels conservaron la idea de Hegel sobre el perpetuo proceso de desarrollo,⁵⁷ pero rechazaron su preconcebida concepción idealista; analizando la vida real, vieron que el desarrollo del espíritu no explica el de la naturaleza, sino que, por el contrario, el espíritu tiene su explicación en la naturaleza, en la materia... Contrariamente a Hegel y otros hegelianos, Marx y Engels eran materialistas. Enfocando el mundo y la humanidad desde el punto de vista materialista, vieron que, al igual que todos los fenómenos de la naturaleza tienen causas materiales, también el desarrollo de la sociedad humana está condicionado por el desarrollo de las fuerzas materiales, las fuerzas productivas. Del desarrollo de las fuerzas productivas dependen las relaciones que se establecen entre los hombres en el proceso de producción de los objetos necesarios para

57 Marx y Engels señalaron más de una vez que, en gran parte, debían su desarrollo intelectual a los grandes filósofos alemanes, en particular a Hegel: «Sin la filosofía alemana —dijo Engels— no existiría tampoco el socialismo científico». (N. del A.) [La frase de Engels es de la adenda a su prefacio a la segunda edición de su obra *La guerra campesina en Alemania*. Nota del Editor]

satisfacer las necesidades humanas. Y son dichas relaciones las que explican todos los fenómenos de la vida social, las aspiraciones del hombre, sus ideas y sus leyes. El desarrollo de las fuerzas productivas crea las relaciones sociales, que se basan en la propiedad privada; pero hoy vemos también cómo ese mismo desarrollo de las fuerzas productivas despoja a la mayoría de toda propiedad, para concentrarla en manos de una ínfima minoría; destruye la propiedad, base del régimen social contemporáneo, y tiende al mismo fin que se han planteado los socialistas.

Estos solo deben comprender cuál es la fuerza social que, por su situación en la sociedad contemporánea, está interesada en la realización del socialismo, e inculcar a esa fuerza la conciencia de sus intereses y de su misión histórica. Esa fuerza social es el proletariado. Engels lo conoció en Inglaterra, en Manchester, centro de la industria inglesa, adonde se trasladó en 1842 para trabajar en una firma comercial de la que su padre era accionista. Allí, Engels no se limitó a permanecer en la oficina de la fábrica, sino que recorrió los barrios inmundos donde residían los obreros y vio con sus propios ojos su miseria y calamidades. No conformándose con sus observaciones, Engels leyó todo lo escrito hasta entonces sobre la situación de la clase obrera inglesa y estudió minuciosamente todos los documentos oficiales a su alcance. Como fruto de sus observaciones y estudios, en 1845 apareció su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Ya hemos señalado más arriba en qué consiste el mérito principal de Engels como autor de dicho libro. Es cierto que muchos otros antes que él describieron los padecimientos del proletariado y señalaron la necesidad de ayudarlo. Pero Engels fue el *primero* en afirmar que el proletariado *no solo* es una clase que sufre, sino que la miserable situación económica en que se encuentra lo impulsa inconteniblemente hacia adelante y lo obliga a luchar por su emancipación definitiva. Y el proletariado en lucha *se ayudará a sí mismo*.

El movimiento político de la clase obrera llevará inevitablemente a los trabajadores a darse cuenta de que no les queda más salida que el socialismo. Por otra parte, el socialismo solo se transformará en una fuerza cuando se convierta en el objetivo de la lucha *política* de la *clase obrera*. Estas son las ideas fundamentales del libro de Engels sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra, ideas que todo el proletariado que piensa y lucha ha hecho suyas ahora, pero que entonces eran completamente nuevas. Fueron expuestas en un libro ameno donde se describen del modo más fidedigno y patético las penurias del proletariado inglés. El libro constituyó una terrible acusación contra el capitalismo y la burguesía. La impresión que produjo fue muy grande. En todas partes comenzaron a citar la obra de Engels como el cuadro que mejor representaba la situación del proletariado contemporáneo. Y en efecto, ni antes ni después de 1845 apareció una descripción tan brillante y veraz de los padecimientos de la clase obrera.

Engels se hizo socialista en Inglaterra. En Manchester trabó contacto con militantes del movimiento obrero inglés de aquel entonces y empezó a colaborar en las publicaciones socialistas inglesas. En 1844, al pasar por París camino de Alemania, conoció a Marx, con quien ya se carteaba. En París, bajo la influencia de los socialistas franceses y de la vida en Francia, Marx también se hizo socialista. En esta ciudad fue donde los dos amigos escribieron *La sagrada familia, o crítica de la crítica crítica*. Esta obra, escrita en su mayor parte por Marx y que apareció un año antes de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, sienta las bases del socialismo materialista revolucionario, cuyas principales ideas hemos expuesto más arriba. La «sagrada familia» es un apodo irónico dado a dos filósofos, los hermanos Bauer, y sus discípulos. Estos señores practicaban una crítica fuera de toda realidad, por encima de los partidos y de la política, que negaba toda actividad práctica y solo contemplaba «críticamente» el mundo circundante y los sucesos que en

él ocurrían. Los señores Bauer calificaban desdeñosamente al proletariado como una masa carente de sentido crítico. Marx y Engels se enfrentaron enérgicamente con esta corriente absurda y nociva.

En nombre de la verdadera personalidad humana, la del obrero pisoteado por las clases dominantes y por el Estado, Marx y Engels exigían no una actitud contemplativa, sino la lucha por un orden social mejor. Y, naturalmente, vieron que la fuerza capaz de llevar a cabo esa lucha, la que está directamente interesada en ella, era el proletariado. Antes de la aparición de *La sagrada familia*, Engels ya había publicado en la revista *Anales franco-alemanes*, editada por Marx y Ruge, su *Estudio crítico sobre la economía política*, donde analizaba, desde el punto de vista socialista, los fenómenos básicos del régimen económico contemporáneo como consecuencia inevitable de la dominación de la propiedad privada. Su relación con Engels contribuyó sin duda a que Marx decidiese ocuparse del estudio de la economía política, ciencia en la que sus obras causaron toda una revolución.

Entre 1845 y 1847, Engels vivió en Bruselas y en París, alternando los estudios científicos con las actividades prácticas entre los obreros alemanes residentes en dichas ciudades. Allí, Engels y Marx se relacionaron con una asociación clandestina alemana, la Liga de los Comunistas, que les encargó una exposición de los principios fundamentales del socialismo elaborado por ellos. Así surgió el famoso *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels, que vio la luz en 1848. Este librito vale por tomos enteros: aún hoy, su espíritu inspira y anima a todo el proletariado organizado y combativo del mundo civilizado.

La revolución de 1848, que estalló en Francia y se extendió después a otros países de Europa occidental, permitió que Marx y Engels regresasen a su patria. Allí, en la Prusia renana, asumieron la dirección de la *Nueva Gaceta Renana*, un periódico democrático que se publicaba en la

ciudad de Colonia. Los dos amigos eran el alma de todas las aspiraciones democráticas revolucionarias en la Prusia renana. Ambos defendieron hasta el final los intereses del pueblo y de la libertad, contra las fuerzas reaccionarias. Como es sabido, la reacción triunfó, la *Nueva Gaceta Renana* fue prohibida y Marx, que mientras estaba emigrado había sido privado de los derechos de súbdito prusiano, fue expulsado del país; en cuanto a Engels, tras participar en la insurrección armada del pueblo y combatir en tres batallas por la libertad, una vez derrotados los insurgentes huyó a Suiza, desde donde se trasladó a Londres.

También Marx se fue a vivir a Londres; Engels no tardó en emplearse de nuevo en la misma firma comercial de Manchester en la que había trabajado en la década de los cuarenta, de la que más tarde se convirtió en socio. Hasta 1870, Engels vivió en Manchester y Marx, en Londres, lo cual no les impidió estar en estrecho contacto, carteándose casi a diario.

En esa correspondencia, los dos amigos intercambiaban sus opiniones y conocimientos, y continuaban elaborando en común el socialismo científico. En 1870 Engels se trasladó a Londres, y hasta 1883, año de la muerte de Marx, continuaron esa vida intelectual compartida, llena de intensísimo trabajo. Como fruto de esta surgió, por parte de Marx, *El Capital*, la obra más grandiosa de nuestro siglo sobre economía política, y por parte de Engels, toda una serie de obras grandes y pequeñas.

Marx trabajó en el análisis de los complejos fenómenos de la economía capitalista. Engels, en sus obras, escritas en un lenguaje muy ameno, a menudo polémicas, abordó, bajo el prisma de la concepción materialista de la historia y de la doctrina económica de Marx, los problemas científicos más generales y los diversos fenómenos del pasado y del presente. De estos trabajos de Engels citaremos la polémica obra contra Dühring (en ella, el autor analiza los problemas más importantes de la filosofía, las ciencias naturales y la

sociología),⁵⁸ *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (traducida al ruso y editada en San Petersburgo, 3ª ed. de 1895), *Ludwig Feuerbach [y el fin de la filosofía clásica alemana]* (traducción al ruso y notas de G. Plejánov, Ginebra, 1892), un artículo sobre la política exterior del gobierno ruso (traducido al ruso y publicado en *Sotsial-Demokrat*, nº 1 y 2, en Ginebra)⁵⁹, sus magníficos artículos sobre el problema de la vivienda⁶⁰ y, finalmente, dos artículos, cortos pero muy valiosos, sobre el desarrollo económico de Rusia (*Friedrich Engels sobre Rusia*,⁶¹ traducción rusa de V. Zasúlich, Ginebra, 1894). Marx murió sin haber podido culminar su grandiosa obra sobre el capital. Sin embargo, estaba terminada en borrador y, tras su muerte, Engels emprendió la ardua tarea de redactar y publicar los tomos segundo y tercero. En 1885 editó el segundo y en 1894, el tercero (no tuvo tiempo de redactar el cuarto).⁶² Estos dos tomos le exigieron muchísimo trabajo.

58 Es un libro admirablemente instructivo y de rico contenido. Por desgracia solo se ha traducido al ruso una pequeña parte de esta obra, que contiene un esbozo histórico del desarrollo del socialismo (*Desarrollo del socialismo científico*, 2ª ed., Ginebra, 1892). (N. del A.) [Evidentemente, Lenin se refiere al *Anti-Dühring*. *Desarrollo del socialismo científico* fue el título con que se publicó en Rusia, en 1892, la obra de Engels *Del socialismo utópico al socialismo científico*, basada en tres capítulos del *Anti-Dühring* (existe edición de la *Fundación Federico Engels*). N. del E.]

59 Se trata del artículo de Engels *La política exterior del zarismo ruso*, editado originariamente con el título *La política exterior del Imperio ruso*. || *Sotsial-Demokrat*: Revista literaria y política editada por el grupo Emancipación del Trabajo en 1890 en Londres y en 1892 en Ginebra; en total se publicaron cuatro números.

60 Su compilación se titula *Contribución al problema de la vivienda*. Existe edición de la FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS.

61 Se trata del artículo de Engels *Acerca de las cuestiones sociales en Rusia* y de su epílogo.

62 En consonancia con una indicación de Engels, Lenin llama cuarto tomo de *El Capital* a la obra de Marx *Teorías de la plusvalía*. En el prefacio al segundo tomo, Engels escribió: «Me reservo el derecho de publicar la parte crítica de este manuscrito en concepto de IV volumen de *El Capital*, con la particularidad de que se suprimirán de él numerosos pasajes, agotados en los tomos II y III». Pero Engels no tuvo tiempo de preparar ese cuarto tomo. *Teorías de la plusvalía* se publicó en 1905-10, redactado por K. Kautsky.

El socialdemócrata austriaco Adler observó, con razón, que, con la edición de los tomos segundo y tercero de *El capital*, Engels erigió a su genial amigo un monumento majestuoso en el que, involuntariamente, grabó también con trazos indelebles su propio nombre. En efecto, esos dos tomos de *El Capital* son obra de ambos, Marx y Engels.

Las leyendas de la antigüedad narran diversos ejemplos de emocionante amistad. El proletariado europeo puede decir que su ciencia fue creada por dos sabios y luchadores cuyas relaciones superan a todas las conmovedoras leyendas antiguas sobre la amistad entre los hombres. Engels, en general con toda justicia, siempre se colocaba detrás de Marx. «Al lado de Marx —escribió a un viejo amigo suyo—, siempre toqué el segundo violín».⁶³ Su cariño hacia Marx mientras vivió y su veneración a la memoria del amigo fallecido fueron infinitos. Engels, el luchador austero y pensador profundo, era hombre de una gran ternura.

Durante su exilio, tras el movimiento de 1848-49,⁶⁴ Marx y Engels no se dedicaron solamente a la labor científica. En 1864, Marx fundó la Asociación Internacional de los Trabajadores,⁶⁵ que dirigió durante un decenio. También Engels participó activamente en sus tareas. La actividad de esta Asociación Internacional, que, de acuerdo con las ideas de Marx, unía a los proletarios de todos los países, tuvo una gran importancia para el desarrollo del movimiento obrero.

63 Véase la carta de Engels a I. Ph. Becker, de 15/10/1884.

64 Se refiere a la revolución alemana de 1848.

65 Asociación Internacional de los Trabajadores (o Primera Internacional): Primera organización internacional del proletariado fundada en Londres por Marx en 1864. La Primera Internacional, encabezada por Marx y Engels, dirigió la lucha económica y política de los obreros de los diferentes países y luchó firmemente contra diversas corrientes antimarxistas (proudhonismo, bakuninismo, tradeunionismo y lassalleísmo), fortaleciendo la solidaridad obrera internacional. Dejó de existir tras la conferencia de La Haya (1872), aunque su disolución oficial fue en 1876. Lenin señaló que la Primera Internacional «sentó los fundamentos de la organización internacional de los trabajadores, para preparar su ofensiva revolucionaria contra el capital».

Pero incluso tras la disolución de dicha asociación en la década de los 70, el papel de Marx y Engels como unificadores de la clase obrera no cesó. Por el contrario, puede afirmarse que su importancia como dirigentes intelectuales del movimiento obrero siguió creciendo constantemente porque el propio movimiento continuaba desarrollándose sin cesar. Tras la muerte de Marx, Engels siguió siendo el consejero y dirigente de los socialistas europeos. A él acudían, en busca de consejo y orientación, tanto los socialistas alemanes, cuyas fuerzas iban en constante y rápido aumento a pesar de las persecuciones gubernamentales, como los representantes de países atrasados, por ejemplo españoles, rumanos, rusos, que se veían obligados a sopesar y medir con toda cautela sus primeros pasos. Todos ellos aprovechaban el riquísimo tesoro de conocimientos y experiencias del viejo Engels.

Marx y Engels, que sabían ruso y leían libros publicados en este idioma, se interesaban vivamente por Rusia, seguían con simpatía el movimiento revolucionario de nuestro país y mantenían relaciones con revolucionarios rusos. Ambos eran ya *demócratas* antes de ser socialistas, y tenían profundamente arraigado el sentimiento democrático de *odio* a la arbitrariedad política. Ese sentimiento político innato, a la par que una profunda comprensión teórica del nexo existente entre la arbitrariedad política y la opresión económica, así como su riquísima experiencia en la vida, hicieron que Marx y Engels fuesen extraordinariamente sensibles en el aspecto *político*. Por lo mismo, la heroica lucha sostenida por un puñado de revolucionarios rusos contra el poderoso gobierno zarista halló la más viva simpatía en el corazón de estos dos revolucionarios probados. Y, a la inversa, era natural que el intento de dar la espalda a la tarea inmediata y más importante de los socialistas rusos (la conquista de la libertad política), en aras de supuestas ventajas económicas, les pareciese sospechosa e incluso la considerasen una traición a la gran causa de la

revolución social. «La emancipación del proletariado debe ser obra del proletariado mismo», nos enseñaron siempre Marx y Engels.⁶⁶ Y para luchar por su emancipación económica, el proletariado debe conquistar determinados derechos *políticos*.

Además, Marx y Engels veían con toda claridad que una revolución política en Rusia tendría también una enorme importancia para el movimiento obrero de Europa occidental. La Rusia autocrática ha sido siempre el baluarte de toda la reacción europea. La situación internacional extraordinariamente ventajosa en que colocó a Rusia la guerra de 1870, que sembró por largo tiempo la discordia entre Alemania y Francia,⁶⁷ por supuesto no hizo más que aumentar la importancia de la Rusia autocrática como fuerza reaccionaria. Solo una Rusia libre, que no tuviese necesidad de oprimir a los polacos, fineses, alemanes, armenios y otros pueblos pequeños, ni de azuzar continuamente a Francia y Alemania una contra otra, daría a la Europa contemporánea la posibilidad de respirar aliviada del peso de las guerras, debilitaría a todos los reaccionarios europeos y aumentaría las fuerzas de la clase obrera europea. Por esta razón, también por el bien del movimiento obrero europeo occidental, Engels deseó fervientemente la instauración de la libertad política en Rusia. Con su muerte, los revolucionarios rusos han perdido al mejor de sus amigos.

¡Memoria eterna a Friedrich Engels, gran luchador y maestro del proletariado!

66 Véase Marx: *Estatutos provisionales de la Asociación Internacional de los Trabajadores*, *Estatutos generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores*; y Engels: prefacio a la edición alemana de 1890 de *El Manifiesto Comunista*.

67 Alusión a la guerra franco-prusiana.

Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo



La doctrina de Marx suscita en todo el mundo civilizado la mayor hostilidad y el odio de toda la ciencia burguesa (tanto la oficial como la liberal), que ve en el marxismo algo así como una «secta perniciosa». Y no puede esperarse otra actitud, pues en una sociedad cuya base es la lucha de clases no puede existir una ciencia social «imparcial». De un modo u otro, *toda* la ciencia oficial y liberal *defiende* la esclavitud asalariada, mientras que el marxismo ha declarado una guerra implacable a esa esclavitud. Esperar que la ciencia sea imparcial en una sociedad de esclavitud asalariada sería la misma pueril ingenuidad que esperar de los fabricantes imparcialidad en cuanto a la conveniencia de aumentar los salarios de los obreros en detrimento de los beneficios del capital.

Pero hay más. La historia de la filosofía y la historia de las ciencias sociales muestran con diáfana claridad que en el marxismo no hay nada que se parezca al «sectarismo», en el sentido de una doctrina fanática, rígida, surgida *al margen* del camino real seguido por el desarrollo de la civilización mundial. Al contrario, el genio de Marx estriba precisamente en haber dado respuesta a los problemas planteados antes por el pensamiento avanzado de la humanidad. Su doctrina surgió como *continuación* directa e inmediata de las doctrinas de los más grandes representantes de la filosofía, la economía política y el socialismo.

La doctrina de Marx es todopoderosa porque es verdadera. Es completa y armónica, brindando a los hombres una concepción integral del mundo, intransigente con toda superstición, toda reacción y toda defensa de la opresión burguesa. El marxismo es el heredero legítimo de lo mejor que la humanidad creó en el siglo XIX: la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés.

Nos detendremos brevemente en estas tres fuentes del marxismo, que constituyen, a la vez, sus tres partes integrantes.

I

La filosofía del marxismo es el *materialismo*. A lo largo de toda la historia moderna de Europa, y especialmente a finales del siglo XVIII en Francia, donde se libró la batalla decisiva contra toda la basura medieval, contra el feudalismo en las instituciones y en las ideas, el materialismo demostró ser la única filosofía consecuente, fiel a todo lo que enseñan las ciencias naturales, hostil a la superstición, a la mojigata hipocresía, etc. Por eso los enemigos de la democracia trataban con todas sus fuerzas de «refutar», de minar, de difamar el materialismo y defendían las diversas formas del idealismo filosófico, que se reduce siempre, de un modo u otro, a la defensa o al apoyo a la religión.

Marx y Engels defendieron del modo más enérgico el materialismo filosófico y explicaron reiteradas veces el profundo error que significaba cualquier desviación de esta base. Donde con mayor claridad y detalle aparecen expuestas sus opiniones es en las obras de Engels *Ludwig Feuerbach [y el fin de la filosofía clásica alemana]* y el *Anti-Dühring*, que, al igual que *El Manifiesto Comunista*, son libros que no deben faltarle a ningún obrero consciente.

Pero Marx no se detuvo en el materialismo del siglo XVIII, sino que llevó más lejos la filosofía. La enriqueció con los logros de la filosofía clásica alemana, especialmente

con el sistema de Hegel, que a su vez había conducido al materialismo de Feuerbach. El principal de esos logros es la *dialéctica*, es decir, la doctrina del desarrollo en su forma más completa, más profunda y más libre de unilateralidad, la doctrina de la relatividad del conocimiento humano, que nos da un reflejo de la materia en perpetuo desarrollo. Los novísimos descubrimientos de las ciencias naturales (el radio, los electrones, la transformación de los elementos) son una admirable confirmación del materialismo dialéctico de Marx, lo quieran o no las doctrinas filosóficas burguesas, con sus «nuevos» retornos al viejo y decadente idealismo.

Marx profundizó y desarrolló el materialismo filosófico, lo llevó a su término e hizo extensivo su conocimiento de la naturaleza al conocimiento de la *sociedad humana*. El *materialismo histórico* de Marx es una enorme conquista del pensamiento científico. El caos y la arbitrariedad, hasta entonces imperantes en los enfoques sobre la historia y la política, fueron sustituidos por una teoría científica asombrosamente completa y armónica, que muestra cómo, debido al desarrollo de las fuerzas productivas, de un sistema de vida social surge otro más elevado, por ejemplo, cómo del feudalismo nace el capitalismo.

Al igual que el conocimiento del hombre refleja la naturaleza (es decir, la materia en desarrollo), que existe independientemente de él, el *conocimiento social* del hombre (es decir, las diversas concepciones y doctrinas filosóficas, religiosas, políticas, etc.) refleja el *régimen económico* de la sociedad. Las instituciones políticas son la superestructura que se alza sobre la base económica. Así vemos, por ejemplo, cómo las diversas formas políticas de los Estados europeos modernos sirven para reforzar la dominación de la burguesía sobre el proletariado.

La filosofía de Marx es un materialismo filosófico acabado que ha proporcionado a la humanidad, y sobre todo a la clase obrera, la poderosa arma del conocimiento.

II

Tras haber comprendido que el régimen económico es la base sobre la cual se erige la superestructura política, Marx dedicó su mayor atención al estudio atento de este sistema económico. La principal obra de Marx, *El Capital*, está consagrada al estudio del régimen económico de la sociedad moderna, es decir, de la sociedad capitalista.

La economía política clásica anterior a Marx surgió en Inglaterra, el país capitalista más desarrollado. En sus investigaciones del régimen económico, Adam Smith y David Ricardo sentaron las bases de la *teoría del trabajo, base de todo valor*. Marx prosiguió su obra; fundamentó con precisión y desarrolló consecuentemente esa teoría; demostró que el valor de toda mercancía está determinado por la cantidad de tiempo de trabajo socialmente necesario invertido en su producción.

Allí donde los economistas burgueses veían relaciones entre objetos (cambio de unas mercancías por otras), Marx descubrió *relaciones entre personas*. El cambio de mercancías expresa el vínculo establecido, a través del mercado, entre los distintos productores. El dinero indica que ese vínculo se hace cada vez más estrecho, uniendo indisolublemente en un todo único la vida económica de los distintos productores. El *capital* significa un desarrollo mayor de ese vínculo: la fuerza de trabajo humana se transforma en mercancía. El obrero asalariado vende su fuerza de trabajo al propietario de la tierra, de la fábrica o de los instrumentos de trabajo. El obrero emplea una parte de su jornada laboral para cubrir el coste de su sustento y del de su familia (salario); durante la otra parte de la jornada trabaja gratis, creando para el capitalista la *plusvalía*, fuente de las ganancias, fuente de la riqueza de la clase capitalista.

La teoría de la plusvalía es la piedra angular de la teoría económica de Marx.

El capital, creado por el trabajo del obrero, oprime al obrero, arruina al pequeño empresario y crea un ejército de desempleados. En la industria, el triunfo de la gran producción se advierte enseguida, pero también en la agricultura se observa el mismo fenómeno: crece la superioridad de la gran agricultura capitalista, aumenta el uso de maquinaria, la hacienda campesina cae en las garras del capital financiero, languidece y se arruina bajo el peso de su técnica atrasada. La decadencia de la pequeña producción reviste en la agricultura otras formas, pero es un hecho indiscutible.

Al aplastar a la pequeña producción, el capital hace aumentar la productividad del trabajo y crea una situación de monopolio para los grandes consorcios capitalistas. La producción misma va adquiriendo cada vez más un carácter social —cientos de miles y millones de obreros son articulados en un organismo económico coordinado—, mientras que un puñado de capitalistas se apropian del producto de ese trabajo colectivo. Crecen la anarquía de la producción, las crisis, la carrera desesperada en busca de mercados, la escasez de medios de subsistencia para las masas de la población.

Al aumentar la dependencia de los obreros respecto al capital, el sistema capitalista crea la gran potencia del trabajo asociado.

Marx sigue el desarrollo del capitalismo desde los primeros gérmenes de la economía mercantil, el simple trueque, hasta sus formas más elevadas, hasta la gran producción.

Y la experiencia de todos los países capitalistas, viejos o nuevos, demuestra claramente, año tras año, a un número cada vez mayor de obreros, la exactitud de esta doctrina de Marx.

El capitalismo ha triunfado en el mundo entero, pero ese triunfo no es más que el preludeo del triunfo del trabajo sobre el capital.

III

Cuando el feudalismo fue derrocado y vio la luz la «libre» sociedad capitalista, enseguida se puso de manifiesto que esa libertad representaba un nuevo sistema de opresión y explotación de los trabajadores. Como reflejo de esa opresión y como protesta contra ella, comenzaron inmediatamente a surgir diversas doctrinas socialistas. Pero el socialismo primitivo era un socialismo *utópico*. Criticaba la sociedad capitalista, la condenaba, la maldecía, soñaba con su destrucción, fantaseaba con un régimen mejor, quería convencer a los ricos de la inmoralidad de la explotación.

Pero el socialismo utópico no podía ofrecer una solución real. No sabía explicar la naturaleza de la esclavitud asalariada bajo el capitalismo, ni descubrir las leyes del desarrollo capitalista, ni señalar qué *fuerza social* es capaz de emprender la creación de una nueva sociedad.

Entretanto, las tormentosas revoluciones que en toda Europa, especialmente en Francia, acompañaron la caída del feudalismo, de la servidumbre de la gleba, revelaban de forma cada vez más palpable que la base de todo desarrollo y su fuerza motriz era la *lucha de clases*.

Ni una sola victoria de la libertad política sobre la clase feudal se alcanzó sin una encarnizada resistencia. Ni un solo país capitalista se formó sobre una base más o menos libre o democrática, sin una lucha a muerte entre las diversas clases de la sociedad capitalista.

El genio de Marx reside en haber sido el primero en deducir de ello y en aplicar consecuentemente la conclusión implícita en la historia del mundo. Esta conclusión es la doctrina de la *lucha de clases*.

En política, los hombres siempre han sido víctimas necias del engaño ajeno y del engaño propio, y lo seguirán siendo mientras no aprendan a descubrir detrás de todas las frases, declaraciones y promesas morales, religiosas, políticas y sociales, los *intereses* de una u otra clase. Mientras no

comprendan que toda institución vieja, por bárbara y podrida que parezca, se sostiene por la fuerza de determinadas clases dominantes, los que abogan por reformas y mejoras se verán siempre burlados por los defensores de lo viejo. Y para vencer la resistencia de esas clases dominantes solo hay *un* medio: encontrar, en la misma sociedad que nos rodea, las fuerzas que pueden —y, por su situación social, *deben*— constituir la fuerza capaz de barrer lo viejo y crear lo nuevo, y educar y organizar a esas fuerzas para la lucha.

Solo el materialismo filosófico de Marx señaló al proletariado la salida de la esclavitud espiritual en que han vegetado hasta hoy todas las clases oprimidas. Solo la teoría económica de Marx explicó la situación real del proletariado en el régimen general del capitalismo.

Las organizaciones independientes del proletariado se multiplican en el mundo entero, desde EEUU hasta Japón y desde Suecia hasta Sudáfrica. El proletariado se instruye y se educa librando su lucha de clase; se despoja de los prejuicios de la sociedad burguesa, adquiere una cohesión cada vez mayor, aprende a medir el alcance de sus éxitos, temple sus fuerzas y crece irresistiblemente.

Vicisitudes históricas de la doctrina de Karl Marx



Lo fundamental en la doctrina de Marx es que pone de relieve el papel histórico del proletariado como constructor de la sociedad socialista. ¿Ha confirmado el curso de los acontecimientos en el mundo entero esta doctrina desde que Marx la expuso?

Marx la formuló por primera vez en 1844. *El Manifiesto Comunista* de Marx y Engels, publicado en 1848, ofreció una exposición integral y sistemática de esta doctrina, exposición que sigue siendo la mejor hasta la fecha. Desde entonces, la historia mundial se divide con claridad en tres grandes períodos:

1) Desde la revolución de 1848 hasta la Comuna de París (1871);

2) Desde la Comuna de París hasta la revolución rusa (1905);

3) Desde la revolución rusa.

Veamos cuál ha sido el destino de la doctrina de Marx en cada uno de estos períodos.

I

Al comienzo del primer período, la doctrina de Marx no era, ni mucho menos, la dominante. Solo era una entre los muchos grupos o tendencias del socialismo. Las formas de

socialismo que dominaban eran, en el fondo, afines a nuestro populismo⁶⁸: incomprensión de la base materialista del movimiento histórico, incapacidad de discernir el papel y la importancia de cada clase en la sociedad capitalista, ocultamiento de la naturaleza burguesa de las reformas democráticas bajo diversas frases cuasi-socialistas sobre el «pueblo», la «justicia», el «derecho», etc.

La revolución de 1848 asestó un golpe mortal a todas estas vociferantes, variopintas y pomposas formas de socialismo premarxista. En todos los países, la revolución mostró a las distintas clases sociales *en la acción*. La matanza de obreros por la burguesía republicana en París, en las jornadas de junio de 1848, demostró de manera definitiva que *solamente* el proletariado es socialista por naturaleza. La burguesía liberal le tenía cien veces más pavor a la independencia de la clase obrera, que a la reacción de cualquier tipo. El cobarde liberalismo se arrastró a sus pies. El campesinado se conformó con la abolición de los restos del feudalismo y se unió a los partidarios del orden, oscilando solo de vez en cuando entre *la democracia obrera y el liberalismo burgués*. Todas las doctrinas del socialismo que *no* es de clase y de la política que *no* es de clase demostraron ser un simple absurdo.

68 Populistas o *narodnikis* era la denominación que se daban los anarquistas rusos. En 1876 organizaron el grupo Zemlia i Volia (Tierra y Libertad), en el que comenzaron a desarrollarse tendencias políticas contradictorias. En 1879, la organización se escindió en dos: Naródnaya Volia (La Voluntad del Pueblo) y Cherny Peredel (Repartición Negra, alusión a la demanda del reparto de la tierra entre los «negros», los siervos), encabezada por Gueorgui Plejánov. Los primeros derivaron hacia el terrorismo individual y fueron aplastados tras el asesinato del zar Alejandro II (1881); el hermano mayor de Lenin pertenecía a este partido y fue ejecutado con otros militantes en 1887, tras un intento fallido de asesinar a Alejandro III. De sus restos saldría más tarde el partido eserista, motivo por el cual a los miembros de este también se les denomina populistas. El grupo de Plejánov emigró y evolucionó hacia el marxismo, formando en Suiza la primera organización marxista rusa, el grupo Emancipación del Trabajo (1883).

La Comuna de París (1871) completó este desarrollo de las transformaciones burguesas; la república, es decir, el tipo de organización estatal en que las relaciones de clase aparecen en su forma menos disimulada, debió exclusivamente su consolidación al heroísmo del proletariado.

En todos los demás países europeos, una evolución más confusa y menos completa condujo al mismo resultado: una sociedad burguesa que había adoptado formas definidas. Hacia finales del primer período (1848-1871), un período de tormentas y revoluciones, el socialismo premarxista estaba *muerto*. Nacieron los partidos *proletarios* independientes: la Primera Internacional (1864-1872) y el Partido Socialdemócrata Alemán.

II

El segundo período (1872-1904) se distinguió del primero por su carácter «pacífico», por la ausencia de revoluciones. Occidente había terminado con las revoluciones burguesas. Oriente aún no había madurado.

Occidente entró en una fase de preparaciones «pacíficas» para una época de futuros cambios. En todas partes se formaron partidos socialistas, básicamente proletarios, que aprendieron a utilizar el parlamentarismo burgués, a crear su prensa diaria, sus instituciones culturales, sus sindicatos y sus cooperativas. La doctrina de Marx obtuvo una victoria total y *comenzó a extenderse*. La selección y concentración de las fuerzas del proletariado y su preparación para las futuras batallas avanzaron con paso lento pero seguro.

La dialéctica de la historia era tal, que el triunfo teórico del marxismo obligó a sus enemigos a *disfrazarse* de marxistas. El liberalismo, podrido por dentro, intentó revivir en forma de *oportunisto* socialista. Interpretaron el período de preparación de las fuerzas para las grandes batallas como una renuncia a esas batallas. La mejora de las condiciones

de los esclavos para luchar contra la esclavitud asalariada la interpretaron en el sentido de que los esclavos vendían por unos céntimos su derecho a la libertad. Predicaban cobardemente la «paz social» (es decir, la paz con los esclavistas), la renuncia a la lucha de clases, etc. Tenían muchísimos partidarios entre los parlamentarios socialistas, dirigentes varios del movimiento obrero y la intelectualidad «simpatizante».

III

Sin embargo, apenas los oportunistas se habían congratulado por la «paz social» y por no ser necesarias las tormentas bajo la «democracia», se abrió en Asia una nueva fuente de grandes tormentas mundiales. A la revolución rusa [de 1905] le siguieron revoluciones en Turquía, Persia y China. Ahora estamos viviendo en la época de estas tormentas y de sus «repercusiones» en Europa. Cualquiera que sea la suerte que corra la gran república china,⁶⁹ contra la cual afilan hoy los colmillos las distintas hienas «civilizadas», no habrá en el mundo fuerza capaz de restablecer en Asia la vieja servidumbre ni de barrer de la faz de la tierra la heroica democracia de las masas en los países asiáticos y semiasiáticos.

Algunas personas que no prestaron atención a las condiciones de preparación y desarrollo de la lucha de masas fueron llevadas a la desesperación y el anarquismo por el gran retraso de la lucha decisiva contra el capitalismo en Europa. Hoy podemos ver qué miope y pusilánime es esa desesperación anarquista.

No desesperación, sino ánimo, debe inspirarnos el hecho de que Asia, con una población de ochocientos millones, se haya incorporado a la lucha por estos mismos ideales europeos.

⁶⁹ China acababa de proclamar en 1912 la república, presidida por Sun Yat-sen.

Las revoluciones asiáticas nos han vuelto a mostrar el servilismo y la bajeza del liberalismo, la excepcional importancia de la independencia de las masas democráticas, la pronunciada diferenciación entre el proletariado y cualquier burguesía. Quien después de las experiencias de Europa y Asia hable de una política que no sea de clase y de un socialismo que no sea de clase, merece simplemente que lo metan en una jaula y lo exhiban junto a un canguro australiano u otro bicho por el estilo.

Después de Asia, también Europa ha comenzado a agitarse, aunque no a la manera asiática. El período «pacífico» de 1872-1904 se ha ido para no volver. La carestía de la vida y la tiranía de los trust están provocando una agudización sin precedentes de la lucha económica, que ha puesto en movimiento incluso a los obreros ingleses, los más corrompidos por el liberalismo. Ante nuestros ojos madura una crisis política incluso en Alemania, el país más «intransigente» y *junker*-burgués. La furiosa carrera armamentista y la política del imperialismo están haciendo que la Europa actual entre en una «paz social» que más bien parece un barril de pólvora. Mientras tanto, la decadencia de *todos* los partidos burgueses y la maduración del proletariado siguen firmemente adelante.

Desde la aparición del marxismo, cada uno de los tres grandes períodos de la historia mundial le ha traído nuevas confirmaciones y nuevos triunfos. Pero al marxismo, como doctrina del proletariado, le espera un triunfo todavía mayor en el período histórico entrante.

**Acerca de algunas
particularidades del
desarrollo histórico
del marxismo**



Nuestra doctrina —dijo Engels en su nombre y en el de su ilustre amigo— no es un dogma, sino una guía para la acción. Esta tesis clásica subraya con notable vigor y fuerza de expresión un aspecto del marxismo que se pierde de vista con mucha frecuencia. Y al perderlo de vista hacemos del marxismo algo unilateral, deforme, muerto, le arrancamos su alma viva, socavamos sus bases teóricas cardinales: la dialéctica, la doctrina del desarrollo histórico multilateral y pleno de contradicciones; quebrantamos su ligazón con las tareas prácticas dadas de la época, que pueden cambiar con cada nuevo giro de la historia.

Y precisamente en nuestros tiempos, entre quienes se interesan por los destinos del marxismo en Rusia se encuentran muy a menudo gentes que pierden de vista justamente ese aspecto del marxismo. Ahora bien, todos ven claro que, en estos últimos años, Rusia ha tenido cambios muy bruscos que han modificado con rapidez y fuerza extraordinarias la situación política y social, que es lo que determina de manera directa e inmediata las condiciones de la acción y, por consiguiente, las tareas de la acción. No me refiero, claro, a las tareas generales y fundamentales, que no cambian con los giros de la historia si no cambia la correlación fundamental entre las clases. Es de una evidencia absoluta que esa tendencia general de la evolución

económica (y no solo económica) de Rusia no ha cambiado, digamos, en estos seis últimos años, como no ha cambiado la correlación fundamental entre las distintas clases de la sociedad rusa.

Pero, en este período, las tareas de la acción inmediata y directa han experimentado un cambio muy profundo, dado que ha cambiado la situación política y social concreta; por consiguiente, también en el marxismo, como doctrina viva, tenían que pasar a primer plano diversos aspectos suyos.

Para aclarar esta idea, observemos cuáles han sido los cambios concretos de la situación política y social en los últimos seis años.

Ante nosotros destacan enseguida los dos trienios en que se divide este período: uno que termina hacia el verano de 1907; el otro, en el verano de 1910. Desde el punto de vista puramente teórico, el primer trienio se distingue por cambios rápidos en los rasgos fundamentales del régimen político de Rusia, con la particularidad de que la marcha de estos cambios fue muy desigual, la amplitud de las oscilaciones fue en ambos lados muy grande. La base económica y social de estos cambios de la «superestructura» fue la acción de todas las clases de la sociedad rusa en los terrenos más diversos (actividad en la Duma⁷⁰ y fuera de la Duma, prensa, asociaciones, reuniones, etc.), una acción tan abierta, imponente y masiva como pocas veces registra la historia.

Por el contrario, el segundo trienio se distingue (repetimos que esta vez nos limitamos al punto de vista puramente teórico, «sociológico») por una evolución tan lenta, que casi equivale al estancamiento. Ningún cambio apreciable en el régimen político, ninguna o casi ninguna acción

70 Institución representativa que el zarismo se vio obligado a convocar como resultado de la revolución de 1905. Sus elecciones no eran democráticas y en la práctica no tuvo ningún poder efectivo.

abierta y amplia de las clases en la mayoría de los «campos» en que durante el período precedente se desarrollaron esas acciones.

La semejanza de ambos períodos reside en que la evolución de Rusia ha sido en los dos casos, como lo era anteriormente, una evolución capitalista. La contradicción que representa dicha evolución económica y la existencia de numerosas instituciones feudales, medievales, no desapareció, seguía en pie sin atenuarse, más bien agudizada por la inyección parcial de cierto contenido burgués a unas u otras instituciones.

La diferencia entre ambos períodos reside en que, durante el primero, en el proscenio⁷¹ de la acción histórica figuraba el problema de cuál iba a ser el resultado de los cambios rápidos y desiguales de que antes hablábamos. El contenido de esos cambios, en virtud del carácter capitalista de la evolución de Rusia, tenía que ser necesariamente burgués. Pero hay diferentes tipos de burguesía. La burguesía mediana y grande, situada en una posición de un liberalismo más o menos moderado, temía, por su propia posición de clase, los cambios bruscos y trataba de conservar restos considerables de las viejas instituciones, tanto en el régimen agrario como en la «superestructura» política. La pequeña burguesía rural, entrelazada con el campesinado que vive «del trabajo de sus manos», debía aspirar forzosamente a otro género de transformaciones burguesas, en las que quedase mucho menos sitio a las supervivencias medievales. Los obreros asalariados, conscientes de lo que ocurría a su alrededor, tuvieron que adoptar una posición definida respecto a este choque de dos tendencias distintas que, enmarcadas ambas en el régimen burgués, determinaban formas totalmente distintas de dicho régimen, una rapidez totalmente distinta en su desarrollo y una amplitud distinta de la esfera de sus influencias progresistas.

71 Parte del escenario que está más cercana al público.

Así pues, la época del trienio pasado puso en el primer plano del marxismo, no por casualidad, sino necesariamente, las cuestiones que se suelen llamar cuestiones de táctica. No hay nada más erróneo que la opinión de que las discusiones y divergencias en torno a ellas eran polémicas «de intelectuales», una «lucha por la influencia sobre el proletariado no maduro», que expresaban la «adaptación de los intelectuales al proletariado», como piensan los seguidores de toda laya de *Veji*⁷². Al contrario, precisamente porque esta clase había adquirido madurez, no pudo ver con indiferencia el choque de las dos tendencias distintas de todo el desarrollo burgués de Rusia, y los ideólogos de esta clase no podían evitar el exponer las fórmulas teóricas correspondientes (de manera directa o indirecta, como reflejo directo o inverso) a esas tendencias distintas.

En el segundo trienio, el choque de las tendencias dispares del desarrollo burgués de Rusia *no* figuraba en el orden del día, ya que *ambas* fueron aplastadas, hechas retroceder, arrinconadas y acalladas durante cierto tiempo por los ultrarreaccionarios. Los ultrarreaccionarios medievales no solo han invadido por completo el proscenio, sino que han llenado los corazones de las más amplias capas de la sociedad burguesa de los sentimientos propagados por *Veji*, de un espíritu de abatimiento, de defección. No fue el choque de los dos métodos de transformación de lo viejo lo que quedó en la superficie, sino la pérdida de la confianza

72 *Veji* (Jalones): Recopilación publicada por el partido kadete ruso en 1909, con artículos de N. Berdiáev, S. Bulgákov, P. Struve, M. Guerchenson y otros representantes de la burguesía liberal contrarrevolucionaria, en los que trataban de difamar las tradiciones democrático-revolucionarias de Rusia, denigraban el movimiento revolucionario de 1905, daban las gracias al gobierno zarista por haber salvado a la burguesía «con sus bayonetas y cárceles» y exhortaban a los intelectuales a ponerse al servicio de la autocracia. Lenin comparó el programa de *Veji* con el del *Moskovskie Viédomosti*, el periódico del grupo fascista y antisemita ruso Centurias Negras, y calificó a *Veji* de «enciclopedia de la apostasía liberal» y de ser «un torrente continuo de lodo reaccionario».

en toda transformación, el espíritu de «sumisión», de «arrepentimiento», la pasión por las doctrinas antisociales, la moda del misticismo, etc.

Y este cambio sorprendentemente brusco no obedece a la casualidad ni es resultado de la sola presión «exterior». La época anterior había agitado tan profundamente a capas de la población apartadas de las cuestiones políticas, ajenas a ellas durante generaciones enteras, durante siglos, que se hizo natural e inevitable la «revisión de todos los valores», el nuevo estudio de los problemas fundamentales, el nuevo interés por la teoría, por su abecé, por su estudio desde las primeras nociones. Millones de seres, despertados de pronto de un largo sueño, colocados de súbito ante problemas importantísimos, no podían mantenerse mucho tiempo a esa altura, no podían avanzar sin interrupciones, sin retornar a las cuestiones elementales, sin una nueva preparación que les ayudase a «digerir» las enseñanzas, de un valor sin precedente, y a poner a una masa incomparablemente más amplia en condiciones de avanzar de nuevo, pero ahora de un modo mucho más firme, más consciente, más consecuente y con mayor confianza.

La dialéctica del desarrollo histórico ha sido tal que en el primer período estaba a la orden del día la realización de transformaciones inmediatas en todos los aspectos de la vida del país y en el segundo el estudio de la experiencia adquirida, su asimilación por capas más amplias, su penetración, por así decirlo, en el subsuelo, en las filas atrasadas de las diferentes clases.

Precisamente porque el marxismo no es un dogma muerto, no es una doctrina acabada, terminada, inmutable, sino una guía viva para la acción, no podía dejar de reflejar en sí mismo el cambio asombrosamente brusco de las condiciones de la vida social. El reflejo de ese cambio ha sido una profunda disgregación, la dispersión, vacilaciones de todo género, en una palabra, una crisis interna sumamente grave del marxismo. La resistencia decidida a esa disgregación,

la lucha resuelta y tenaz en pro de los fundamentos del marxismo, se ha puesto de nuevo a la orden del día.

Capas extraordinariamente amplias de las clases, que no pueden prescindir del marxismo al formular sus tareas, lo habían asimilado en la época precedente de un modo extremadamente unilateral, deforme, aprendiéndose de memoria tales o cuales «consignas», tales o cuales soluciones a los problemas tácticos, pero sin comprender los criterios marxistas que permiten valorar esas soluciones. La «revisión de todos los valores» en las diversas esferas de la vida social ha conducido a la «revisión» de los fundamentos filosóficos más abstractos y generales del marxismo. La influencia de la filosofía burguesa en sus más diversos matices idealistas se deja sentir entre los marxistas en forma de epidemia *machista*.⁷³ La repetición de «consignas» aprendidas de memoria, pero no comprendidas ni meditadas, ha conducido a una amplia difusión de la fraseología hueca, concretada de hecho en tendencias que no tienen nada de marxistas, en tendencias pequeñoburguesas como el otzovismo,⁷⁴ abierto o encubierto, o como el reconocimiento del otzovismo en calidad de «matiz legítimo» del marxismo.

Por otra parte, el espíritu de *Veji*, el espíritu de defecación, que abarcaba a las más amplias capas de la burguesía, ha penetrado también en la tendencia que trata de encuadrar la teoría y la labor práctica marxistas en el cauce de «la moderación y la escrupulosidad». Del marxismo no queda

73 Alusión a Ernst Mach (1838-1916), filósofo idealista austríaco fundador, junto con Richard Avenarius, del empiriocriticismo. Lenin sometió las concepciones de ambos a una crítica demoleadora en su obra *Materialismo y empiriocriticismo*.

74 Grupo de bolcheviques que, en los debates sobre la política a seguir tras la derrota de la revolución rusa de 1905, planteó que los diputados socialdemócratas abandonasen la tercera Duma y que cesase la labor en las organizaciones legales (sindicatos, cooperativas, etc.). Su nombre viene de la palabra rusa para «retirar». Editaron uno de los *Vpériod*. La lucha contra ellos, entablada en 1908, condujo a que su líder, A. Bogdánov, fuese expulsado de las filas bolcheviques en 1909.

ya más que la fraseología con que se revisten esas consideraciones acerca de la «jerarquía», la «hegemonía», etc., impregnadas por completo del espíritu liberal.

Este artículo no tiene como propósito analizar esas consideraciones. Basta con mencionarlas, para ilustrar la profundidad de la crisis que atraviesa el marxismo, antes referida, y su relación con toda la situación económica y social del período que atravesamos. No es posible sustraerse a los problemas que esta crisis plantea. Nada hay más nocivo, más falto de principios, que tratar de eludirlos valiéndose de frases. No hay nada más importante que la cohesión de todos los marxistas conscientes de la profundidad de la crisis y de la necesidad de combatirla para salvaguardar los fundamentos teóricos del marxismo y sus tesis básicas, desfiguradas desde los lados más opuestos al extenderse la influencia burguesa entre los diversos «compañeros de viaje» del marxismo.

El trienio precedente ha elevado a la participación consciente en la vida social a capas tan amplias, que son muchos los que por primera vez empiezan ahora a conocer debidamente el marxismo. En este sentido, la prensa burguesa fomenta mucho más que antes los errores y los difunde mucho más ampliamente. La disgregación en el marxismo es particularmente peligrosa en estas condiciones. Por eso, para los marxistas, la tarea de la época, en el sentido más directo y exacto de la palabra, es comprender los motivos que hacen inevitable esa disgregación en los tiempos que atravesamos y unirse para combatirla consecuentemente.

La obra de Karl Marx, y la de su camarada de ideas y militancia revolucionaria Friedrich Engels, está íntimamente ligada al desarrollo del movimiento obrero moderno con conciencia de clase, y sin ella no se hubiera operado la transformación del pensamiento socialista dotándolo de una base materialista y dialéctica.

Invitamos a la nueva generación de militantes y activistas a que lean y estudien a Marx, Engels y a los grandes marxistas no como un dogma, sino como una guía para la acción. Y qué mejor para ello que ceder la palabra a Lenin en uno de sus trabajos de divulgación — sencillo pero sólidamente construido— sobre ambos revolucionarios y su obra.

En este libro presentamos cinco textos que exponen de manera directa y sin adornos académicos las ideas básicas del marxismo:

- *Karl Marx.*
- *Friedrich Engels.*
- *Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo.*
- *Vicisitudes históricas de la doctrina de Karl Marx.*
- *Acerca de algunas particularidades del desarrollo histórico del marxismo.*



9 788416 285693

